

NO PARARÉ
HASTA
conseguirte



LUCA CASTELLI

NO PARARÉ
HASTA
conseguirte

LUCA CASTELLI

Primera edición

No pararé hasta conseguirte.

© 2020, Luca Castelli

© Imagen portada: Adobe Stock Fotolia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Capítulo 1



Una mano flexionada dando golpecitos rítmicos con los dedos sobre la mesa y la otra mano apoyada sujetando mi frente, mientras observaba a Ken de lejos y me repetía a mí misma que ¡No volvería a pasar!

Sí, se llamaba Ken, como el novio de Barbie, una bendita ocurrencia de su madre “la simpática” y es que no la podía ver. Digamos que, si pidiera auxilio y su vida dependiera de mí, me haría la sorda.

Para que os hagáis una idea, mi vida hasta hoy había sido como una montaña rusa, por eso ahora todo me daba vértigo y me había vuelto egocéntrica.

Un año antes del momento en que lo tenía enfrente, habíamos roto una relación de nueve años. Él era diez años mayor que yo, cuando comenzamos tenía veinticinco y yo solo quince. Una cría total.

¿Por qué rompimos? Pues por nada importante, me puso un par de cuernos, fingía viajar por trabajo y se iba con sus amigos al Caribe. Poca cosa, lo que pasa que a mí me rebosa demasiado rápido el vaso ¡Cosas mías! Como decía él...

Vamos que los roles estaban bien repartidos, él era el listo y yo...Yo, por lo visto, la malpensada e histeriquilla que hacía de todo un mundo. Pobre víctima, no lo dejaba vivir. Normal que rompiéramos.

Un año desde que lo pillé en nuestra cama con otra. Él pensaba que llegaría por la noche y me colé a darle una sorpresa al mediodía, pero la sorpresa me la llevé yo al verlo comiendo y no precisamente ensalada...

Desde ese día en el que cogí mis cosas y me fui, no lo había vuelto a ver hasta ahora, pero claro, había acabado la carrera de Medicina y oposité para lograr una plaza. El asunto es que como el karma no me deja ni a sol ni a sombra, fui a caer al departamento en el que él ocupaba el cargo de

jefe de Pediatría. Sí, de Pediatría, especialidad que como ya habréis supuesto estudié por el amor y admiración que sentía por el que fue mi chico ¡Ojo el mío!

Pues eso, era mi primer día de trabajo bajo sus órdenes. Ya me había saludado personalmente e incluso me quiso dar dos besos al verme, pero yo eché mis manos hacia delante, la cabeza hacia atrás y me salió un gesto de asco que le hizo frenarse en seco. En su defecto intentó darme un apretón de manos, gesto al que respondí aguantando las mías para advertirle que no era necesario. Así las cosas, levantó un poco las suyas como expresión de que lo había entendido. A ver, de tonto no tenía un pelo.

Yo no es que estuviera incómoda, sino lo siguiente, pero era lo que había. Tendría que acostumbrarme a su presencia y a escucharlo como quien escucha llover si no quería que me pusieran la camisa de fuerza de aquella, porque fácil no iba a ser.

Me explicó qué era lo que tenía que hacer en mi consulta, así como los protocolos del centro. A esos efectos, me indicó que esperara un momento, que me iba a traer una guía rápida de cómo actuaban. Y ahí estaba en la repisa del fondo, echando mano de ella, mientras yo me había sentado en la silla colocada delante de su mesa y lo miraba a ritmo de la música de mis dedos.

Su despacho era grande, jefe de planta y el máximo responsable, no iba a tener una consulta como la del resto de nosotros ¡Por favor!

Me entregó las guías y me fui hacia mi consulta, donde pasó a saludarme y presentarse una de mis enfermeras, Alejandra. Se trataba de una chica muy simpática de unos treinta y cinco años, unos seis o siete años mayor que yo, una preciosidad que me transmitió muy buen rollo nada más conocerla.

Me encerré en mi despacho a leer, hasta al día siguiente no tendría mis propios pacientes. Eso sí, yo había llevado a cabo unas prácticas de un año en otro hospital con una pediatra de la que aprendí muchísimo.

Obvio que el mío no tenía las dimensiones del de Ken, pero tampoco estaba nada mal. Aquel hospital era bastante nuevo y las instalaciones muy modernas, cosa que me agradaba. Disponía de amplios ventanales por los que recibíamos abundante luz natural y eso a mí me daba mucha vida. Ya solo me faltaba personalizar un poquito el despacho y trabajaría allí de lo más a gusto.

Dos horas después salí a la calle a fumar un cigarro y tomar un café que había sacado de la máquina. Había cafetería, pero no permitían fumar y yo era de las que pensaba que un café sin cigarrillo no sabía igual.

— Patricia, deberías plantearte dejar de fumar — dijo Ken pasando por mi lado al entrar, debía venir de la cafetería.

— Y tú el no meterte donde no te llaman — contesté sonriente mientras se alejaba.

A mí, a esas alturas iba a venir a decirme lo que debía hacer o no, ¡ay, señor la que me quedaba por aguantar! Normal que llevara toda la mañana resoplando, lo que no sabía era cómo no la había pasado tomando todo el alcohol étílico del edificio.

Hasta la hora de salida no dejé de mirar el reloj. La guía me la leí en menos de media hora, nada que yo no hubiera hecho durante mis prácticas.

Una vez finalizó mi turno, me fui directa a comer con mi amiga Carmen, que trabajaba como periodista en un periódico muy importante a nivel nacional desde hacía tres años.

Carmen había tenido también un novio de toda la vida, Miguel, íntimo amigo de Ken. Por esa razón nos conocimos ella y yo. Nos hicimos uña y carne, ya que durante años salimos las dos parejas juntas a todos lados. Carmen había dejado a Miguel hacía seis meses, seis después que yo a Ken. El motivo también sin importancia, él llevaba cuatro meses viéndose a escondidas con otra...

Así que lo bueno que sacamos de nuestras relaciones con ellos fue nuestra amistad, esa que nos convirtió en inseparables, pues teníamos una complicidad muy difícil de conseguir hoy en día.

— ¿Qué tal Mister Potato? — se refería a Ken.

— Bien, me quiso dar dos besos ¿será hipócrita?

— Y lo mandaste a la mierda — nos sentamos en aquella mesa del restaurante.

— Sí, con lenguaje no verbal — sonreí ampliamente.

- Que lo jodan.
- Eso mismo. Vamos que no se vaya a pensar que por ser mi jefe y tenerme que comer el trabajar a su lado voy a actuar como si nada hubiera pasado, la lleva clara.
- Ya te digo, no se merece más, demasiado que le diriges la palabra.
- No me queda otra, que si no se la iba a dirigir su madre.
- “La simpática...”
- Esa misma — cogí una aceituna del plato que nos habían puesto junto a los refrescos.
- Pues tu céntrate en tu trabajo, que es tu futuro, hazte una coraza y a mirar por tus intereses.
- Eso pienso hacer, vamos que no me va a afectar tenerlo de jefe, que ese no se merece nada y menos de mí.
- Pues ya está, a lo tuyo, a trabajar, a cobrar a final de mes y a dejar en el hospital cuando salgas del curro toda la mierda.
- Por supuesto... Bolsas llenas a este paso porque quién me iba a decir...
- Así es, pero recuerda que tú vales un potosí y que puedes con eso y con más.
- Correcto—reí.
- Vamos, que nos van a amargar a nosotras nuestros ex a estas alturas pasado mañana.
- Desde luego.
- Pues ya me irás contando de la marcha de los acontecimientos porque esto va a ser todo un sainete.
- Ni me lo recuerdes—me eché las manos a la cabeza.

Me despedí de Carmen y llegué a casa. Vivía con mis padres, llamados Pablo y Victoria, así como con ese bribonzuelo que me robó el corazón desde que puso los pies en este mundo, mi hermanito Blas, de diez años, que llegó cuando mi madre ya había cumplido los cuarenta y dos.

El nacimiento de Blas supuso para mí el gran acontecimiento familiar de mi juventud. Toda la vida queriendo un hermanito y por fin llegó cuando yo estaba en mi primer año de universidad, ¿podéis creerlo?

Ni que decir tiene que Blas se convirtió en el centro sobre el que pivotaba la vida de la casa y además nos había salido zalamero hasta decir basta, por lo que nos desternillábamos con sus contantes ocurrencias. A mí se me caía la baba con él y por suerte era recíproco, porque él tenía locura conmigo.

Blas era listo como el hambre, pero un tanto vaguete para los estudios, por lo que era habitual que yo me sentara a hacer los deberes con él porque, aunque mi madre era profesora, yo tenía mucha paciencia y a él le encantaba que le diera las oportunas explicaciones.

En cuanto a mi padre, tenía su propio estudio de Arquitectura desde joven en el que le iba fenomenal, por lo que formábamos una familia bien avenida de clase media-alta.

Tengo que reconocer que a mi padre lo adoro, pero con mi madre tengo una complicidad impresionante desde siempre. Somos como dos amigos, porque ella nunca fue una persona autoritaria y es a quien le cuento todas mis cosas y pido opinión.

Hola, mamá.

Hola, hija. Estaba deseando verte entrar.

Y yo contarte. No te puse un WhatsApp desde el hospital porque quería darte la noticia en persona. Adivina quién es mi jefe.

¡No puede ser! —se puso las manos en la boca y se rio.

Sí, sí, puede ser. Míster fidelidad en persona, a ese es al que voy a tener que aguantar día tras día a partir de ahora.

Increíble, no se me hubiera pasado por la cabeza. ¿Y cómo estás?

Genial, si se cree que me va a traumatizar estar a su mando, está francamente equivocado.

Hombre, por supuesto. Ya sabes de la pasta de la que estamos hechas las mujeres de esta familia.

¡Ahí le has dado! Empezando por la abuela Consuelo...

Que por cierto se va a partir de risa cuando se entere de esto...

Sí, la llamaré para contarle.

Consuelo era mi abuela materna, una mujer adorable que vivía a pocas calles de nosotros y que nos visitaba a menudo. Graciosa y carismática, para mí suponía el vivo ejemplo de lo que debía ser una mujer.

¿Y cómo lo has llevado? —se interesó mi cariñosa madre.

Bien, pretendía darme dos besos o la mano, pero he rehusado todo contacto corporal con él—reí.

¡Vamos que lo has puesto en cuarentena!

Así mismito. Ese a mí no me toca ni con un palo.

Hija mía, no te preocupes. Tú ya no eres la niña de quince años a la que él pretendía manejar a su antojo.

Ahora va a manejar a su prima Juanita, porque lo que toca a mí ni me va a dirigir la palabra más allá de lo profesional. No voy a ser un monito de feria para él.

Pasé el resto de la tarde haciendo deberes y jugando con Blas, hasta que llegó mi padre a la hora de cenar.

¿Bien el trabajo, hija? —me dio un cariñoso beso.

Genial, papá, si omito el pequeño detalle de que me ha caído Ken en suerte como jefe.

¿En serio? ¿Mi ex yerno, el conquistador? —rio.

El mismo.

Pues dale duro, como si fuera un saco de boxeo—me guiñó el ojo.

Si algo me habían enseñado mis padres desde pequeña era a poner al mal tiempo buena cara. Ellos eran dos personas cien por cien trabajadoras y de las que yo aprendía cada día.

Un rato después me acosté. Al día siguiente madrugaba y ya estaba deseando hacerme con mi consulta. Conseguir la plaza había supuesto para mí el mayor de los triunfos y la presencia diaria de Ken no me iba a aguar la fiesta.

Capítulo 2



Despertarme con un futuro asegurado era algo que me generaba mucha tranquilidad. Estaba feliz por haber logrado algo así en mi vida.

Ilusionada y sonriente me dirigí a mi trabajo, a pesar de que me tendría que ver con mi ex. Dejando ese “pequeño detalle” aparte, me sentía pletórica.

— Hola, preciosa — dije al ver a Alejandra que me agarraba del codo, con toda la familiaridad.

— Hola, doctora, tengo un cotilleo. Al fin y al cabo, aquí ocurre como en las peluquerías, se cuece de todo — soltó con desparpajo ocasionándome una risa.

— A ver, sorpréndeme...

— El jefe — dijo refiriéndose a Ken.

— ¿Qué le pasa al jefe? — sonreí haciéndome la ingenua.

— Hoy se echó más perfume de lo normal, se engominó el pelo, venía sonriente y transmitiendo una felicidad que jamás le habíamos conocido.

— Habrá follado — volteé los ojos.

— Pues si antes no follaba sería porque no quería, es la locura de la planta.

— Vaya, no me daba la sensación de que fuera alguien que llamara tanto la atención — respondí como la que no quiere la cosa.

— ¿En serio? Yo porque tengo novio, si no, iría a por él de cabeza — rio dándome un golpecito en el brazo y poniéndose la mano en la boca.

— Anda, anda, que cualquiera os deja solas — sonreí a los pacientes que ya esperaban su turno y comenzamos a atenderlos.

Estuvimos pasando consulta desde las ocho hasta las diez. Paramos porque disponíamos de media hora para el desayuno y nos fuimos juntas a la cafetería. Después salimos con otro café a fumar un cigarro.

— Patricia, por ahí viene el jefe — dijo disimulando, mirándose una uña de la mano que sujetaba su cigarro.

Se aproximaba andando hacia nosotras que le dimos los buenos días, pero claro, como estaba con ella volvió a atreverse.

— Deberíais dejar de fumar — dijo dando por supuesto que yo no contestaría por la presencia de Alejandra.

— Y tú de meterte donde no te llaman — sonreí con amplitud mientras veía cómo seguía hacia adentro y mi nueva amiga me miraba con la boca abierta y sin poder reaccionar.

— Pero ¿Cómo se te ocurre? — no salía de su asombro.

— Como se le ocurre a él opinar cuando nadie se lo pidió — me encogí de hombros y le hice un gesto invitándola a entrar para seguir con la consulta.

— Pero es el jefe — pulsó el botón del ascensor.

— Claro, de Pediatría, no de mi vida.

— Alucino contigo, doctora — negaba riendo sin saber que ese hombre había estado en mi vida nada más y nada menos que nueve años.

Y más que iba a alucinar. La guerra no había hecho más que empezar. No tenía ni idea de lo que soltaría por mi boca cada vez que Ken se atreviera a dirigirse a mí por algún motivo no laboral, en mi vida no.

Seguimos pasando consulta hasta la terminación de esta. Para ser mi primera mañana atendiendo, me resultó de lo más amena, se me había pasado volando.

Llegué a casa para almorzar y el semblante de Blas no era el mismo de siempre ¡Bien que lo conocía yo!

¿Qué le pasa? —le pregunté a mi madre.

Ni idea, conmigo no suelta prenda, pero yo también le estoy preguntando.

Bueno, después del almuerzo hablo con él.

Tras almorzar le propuse llevármelo a tomar un helado cerca de casa, a un sitio donde le encantaban.

¿Con doble de chocolate y un montón de virutas de esas de colores? —le pregunté.

Vale—me contestó sin demasiado entusiasmo.

Huy, huy, huy, que te conozco chavalín. Algo tiene que pasarte a ti para que no te entusiasme el pedazo de helado que te estoy pidiendo.

Es Martina.

¿Tu amiguita Martina? ¿Has discutido con ella?

No, qué va.

¿Entonces? —le di un abrazo con una de mis cejas levantadas.

Pues que creo que me gusta.

¿Y por qué lo crees? Cuéntame que yo soy médico y a lo mejor reconozco los síntomas.

No seas boba, el amor no es una enfermedad.

Me hizo gracia porque pensé que eso sería según se mirara. En algunos casos, como con Ken, bien podía serlo.

Ya lo sé, venga cuéntame esos síntomas.

Pues que las tardes se me pasan lentas porque tengo ganas de verla y las mañanas demasiado rápido porque ella está allí, en el cole.

Ya, ¿y qué más?

Pues que me da como una cosa aquí en el estómago cuando la veo...

¿Cómo si revolotearan unas mariposillas?

Exactamente.

¿Y qué más?

Pues que cuando se le acerca Alex me pongo mal.

¿Y eso?

Porque Alex dice que ella le gusta, pero no es verdad, Patricia, no es verdad.

¿Por qué lo dices?

Porque yo escuché que Alex le dijo a Fran que él lo que quiere es besar a muchas chicas y, que como Martina es la más guapa, la tiene que besar a ella.

¿Y tú qué piensas de eso?

Pues que no es verdad que le guste porque si no, solo querría besarla a ella y no a las demás.

¿Eso es lo que te pasa a ti?

Claro.

¡Me lo comía! Si es que no podía ser más lindo el renacuajo aquel y encima me había salido enamorado.

¿Y cuál es el problema? Porque ella no sabe que os gusta a ninguno de los dos, ¿o sí?

No, todavía no lo sabe, pero yo le he escuchado decir a Alex que le va a comprar un regalo muy caro para su cumpleaños y que le va a decir que si quiere ser su novia.

¿Y tú? ¿Qué quieres hacer al respecto?

Pues yo le voy a decir que si quiere ser la mía, pero tengo un problema...

¿Cuál?

Que yo no tengo tanto dinero en mi hucha para hacerle un regalo muy bueno, ¿tú me dejarías dinero?

¡Ay, enano! Yo podría dejarte dinero, claro, pero creo que esa no es la solución.

¿No? Y entonces, ¿cuál es la solución?

Muy sencilla. Le puedes hacer un regalo normal, acorde a tus ahorros, con una tarjeta en la

que te sinceres y le digas de verdad lo que sientes por ella.

¿Y tú crees que eso le va a gustar más que el regalo caro de Alex?

Por lo que conozco a Martina, estoy segura de que sí. Ella no es una niña que se deje comprar con regalos.

Martina había sido la mejor amiga de Blas desde que entraron en el cole con tres añitos y era un amor de niña, así que yo ponía la mano en el fuego por ella.

Vale, pero ¿cómo lo escribo?

Pues con un bolígrafo, petardo, ¿cómo quieres escribirle?

Ya, pero tú me entiendes... Que no sé cómo decírselo.

Pues es muy fácil. Igual que me lo has dicho a mí. A las mujeres lo que nos gusta es la sinceridad y los hombres sin corazas ni estrategias.

¿Estrategias?

Sí, Blas, hay hombres que trazan estrategias para lograr sus propósitos con las mujeres, como hacemos tú y yo cuando jugamos al Monopoly contra papá y mamá.

Pero eso es muy feo, el amor no puede basarse en estrategias, el amor tiene que salir natural...

Pues claro que sí, así es. De modo que tú ya lo estás diciendo todo, solo tienes que dejar que fluya y ser tú mismo. Cualquiera chica querría estar con un niño tan bueno como tú y tan guapo...

¿Tú crees que yo soy más guapo que Alex?

Yo creo que tú eres el niño más guapo del mundo—le di un abrazo y lo despeiné.

No me despeines, que igual aparece Martina por aquí y me ve como un loco—se quejó.

¡Vaya cosas tenía!

Vale. ¿Quieres que vayamos de compras juntos esta tarde y busquemos la tarjeta y el regalo?

Sí, yo abro luego mi hucha y te doy el dinero.

Bueno y hasta igual te financio una parte, pero recuerda, acorde a tus posibilidades, nada de regalos caros.

Claro, el mejor regalo para ella, seré yo—se vino arriba el tío que dio gusto.

Vinieron los helados y nos tomamos un montón de *selfies* con esas copas. Me gustaba mucho fotografiarme con mi hermanito, teníamos miles de fotos juntos...

Recorrimos varias tiendas hasta dar con el regalo ideal, un peluche precioso con un corazoncito de plástico que se encendía y emitía una melodía cuando le apretabas la mano.

Este es muy del estilo de Martina.

¿Por qué lo sabes?

Porque yo me fijo en lo que le gusta cuando estoy en su casa.

¡Eso es muy bonito Blas!

Después fuimos por la delicada tarjeta que esa noche mi hermanito le escribió desde el fondo de su corazón, ¿podía haber algo más bonito que el primer amor?

Capítulo 3



Si la vida te da limones, te haces un mojito y a vivirla...Así había que tomarlo, así decidí tiempo atrás hacerlo.

Monísima, me puse de lo más mona, había que mostrar buena imagen de cara al público y de cara al capullo de Ken, que viera lo que se había perdido.

Esa mañana estaba disparata y cuando digo disparatada es que no podían ni soplarme un ojo pues declaraba el estado de guerra.

Llegué al trabajo y me encontré a Alejandra fumándose ese pitillo y mirándome muerta de risa.

- Tienes cara de chisme — me paré ante ella para fumar uno, iba bien de tiempo.
- Pues te iba a decir que el jefe venía de nuevo como si fuera de fiesta, pero ahora te veo a ti y no sé quién viene más preparado.
- Yo suelo vestir así...
- No te vi tan maquillada los dos días anteriores.
- Me pilló con la regla — solté para despistarla.
- A ver si al final vamos a coger todos tendencia y a venir que ni los viernes para salir.
- Tú vienes arreglada, no sé de qué te sorprendes.
- Bueno, bueno, las diferencias son obvias.

— Exagerada — negué riendo.

— A ver qué tal el día de hoy.

— Esperemos que como ayer — apagué el cigarrillo y entramos en el ascensor para subir a la planta de Pediatría.

Alejandra me miraba sonriente, lo que nos faltó fue eso, encontrarnos a Ken.

— Buenos días, chicas — dijo sonriente.

— Buenos días, jefe — respondió ella con amabilidad.

Yo solo hice un gesto con la cara con una sonrisa de malas ganas que se debía interpretar a kilómetros.

— Hija, disimula un poco que se te nota que te cae mal el jefe.

— ¿No me digas? — ironía.

— Pero de verdad, Patricia, lo tuyo es muy grande. Acabas de ocupar tu plaza y vas en contra del jefe. Menos mal que no te presentaron al director del hospital porque te hubieras ganado un parte y no durado veinticuatro horas — rio.

— Ese seguro que me cae bien — abrí la consulta.

La consulta comenzó bien, atendiendo a niños con patologías sin importancia. Eso me gustaba, algunas décimas de fiebre, tos y demás, pero nada que revistiera la más mínima gravedad.

Paramos a desayunar y a tomar otro café con el cigarrillo. No podía dejar de reír con Alejandra ¡Tenía cada cosa!

— Mira por ahí viene tu amigo — se refirió a Ken — Por favor, háblale bien si nos dice algo — casi me imploró.

- Buenos días, chicas. Parece que no seguís mis consejos... — continuó andando mientras Alejandra sonreía.
- Tus consejos... — negué mientras lo decía con ironía en voz alta para que me escuchara, al mismo tiempo que soltaba una carcajada.
- Tía no te pases, nos vamos a meter en un lío.
- ¿Por el tonto ese? — señalé hacia dentro.
- Es el jefe.
- Y mi ex — reí — Vamos hacia la consulta.
- ¿¿¿Tu ex???
- El mismito, me duró nueve años ¡Qué cruz! — seguí riendo mientras me dirigía al ascensor.
- Estás bromeando ¿verdad?
- En absoluto, pero no me hagas hoy contarte nada, ya lo haré otro día — reí.
- Mañana en el desayuno, vamos que no te me escapas— su cara era de asombro total.

Terminamos bien el turno, bien por decir algo, con un pequeñín al que mandé a ingresar por un cuadro asmático agudo, además de una madre que me sacó de quicio.

También Ken puso su granito de arena, ya que lo tuve que ver un par de veces y casi me quema con la mirada, en fin...

Salí de mi turno y me fui a almorzar con Carmen. Me encantaba hacerlo, con ese sentido del humor y la ironía que la caracterizaban, la jodida era capaz de sacarle la sonrisa a un muerto.

Hola, amiga. Vengo rendida. Necesito una cerveza fresquita pero ya—me desparramé en la silla.

¿Y eso?

Un turno mortal que he tenido hoy. Me ha tocado una madre de esas que me dan ganas de decirle que se vuelva a meter el niño otra vez por donde lo sacó, fijate.

Pues ya es raro sacarte a ti así de tus casillas.

Tía, es que ponte en situación, resulta que al final saben más que tú y, les digas lo que les digas, van a hacer lo que les salga del moño. Entonces, ¿para qué vienen?

Para hacer el paripé, básicamente—rio.

Eso es lo que pienso yo y me toca las narices soberanamente.

¿Y por lo demás?

A ver, por lo demás en el hospital genial. He encajado muy bien en el equipo y tengo como mano derecha a Alejandra que es un amor.

Pues mira, eso es lo importante, que llegue final de mes y te ingresen la nómina. ¡A tomar vientos!

Sí, sí, pero tú sabes que yo no soy de las personas a las que les vale la ley del mínimo esfuerzo. Yo el sueldo me lo gano.

No, ya lo sé, tú lo das todo en el trabajo, pero afloja un poco, que es en la pista de baile donde tenemos que darlo, petarda—bromeó.

Anda que tendrás tú queja de cuando salimos.

Ninguna, ninguna y, por cierto, ¿qué se cuenta Míster Potato?

Él en sí nada, pero sobre él se dice, se comenta, se rumorea...

Cuenta, cuenta, que ya se me ha puesto hasta la piel de gallina de las ganas de cotillear que tengo.

Pues que por lo visto se arregla cada vez más...

¿En serio? A ver, a él siempre le ha gustado ir como un figurín, vamos que parecía de veras que iba a llevar a Barbie al lado—añadió.

Sí, pero lo de ahora es lo más. Ha cambiado el estilo, va totalmente engominado...

¿Sí?

Sí, yo no sé los tarros que debe gastar el pamplinoso.

Bueno, él puede, no te preocupes...

Y tanto que puede, menudo sueldo el jefazo. Y no se le irá solo en gomina, porque perfumado viene que huele desde tres plantas más abajo.

Toma ya, pero eso mola...

Sí, sí, pero que se debe echar medio tarro cada vez que sale.

¿Y qué se comenta de tanto arreglo? —entrecerró sus ojillos de modo maléfico.

Pues hay quien dice que está intentando tirarle la caña a alguna.

Ajá, y esa alguna no tendrá un nombre que comienza por Patri y termina por cia, ¿no? Yo lo dejo ahí.

Sí, sí, eso lo saben hasta los hebreos, porque tenías que ver cómo me mira, es la caña. Pero a ella ya le dije que es mi ex.

Suelta, suelta...

Pues no sé ni cómo decirte. Es que no hay una vez que se tenga que dirigir a mí que no note su mirada penetrante.

Si es que no pudo ser más retasado de dejarte ir, con lo listo que es para otras cosas.

Pues lo mismo que Miguel.

Ya te digo. Esto dos se van a acordar de nosotras para los restos, te lo digo yo...

Ya y lo malo es que este encima trabajando conmigo, pero ¡Que lo folle un pez espada!

Eso, eso, que la tiene fresca y afilada, jaja.

Sí, mira a veces noto como si quisiera decirme algo.

Guau ¿Pero algo profundo?

Bueno, supongo que todo lo profundo a lo que puede llegar un pedazo de merluzo como él, pero sí, se dirige a mí en un tono... Y lo curioso no es eso, sino es la forma en la que lo hace. Yo es que alucino...

Joder, con el muñequito Ken.

Sí, pero vamos que te aseguro que no le da tiempo a decir ni pío porque yo le doy unos zascas que lo dejo loco.

Los que se merece, anda y que le den.

Sí, sí, total que no le doy ni un poquito así de pie—hice el gesto con la mano—Si ese se ha creído que yo sigo siendo la misma Patri con la que hacía encajes de bolillos, ha dado en hueso duro.

“Duro de pelar, duro de pelar” —empezó a cantar la cachonda de mi amiga, que tenía todo el arte.

Pues sí, ahora la pelota está en nuestro tejado.

Sí, y como se pasen les damos un pelotazo a cada uno que les vamos a aclarar las ideas.

Sí, lo malo sea que nos devuelvan la pelota y nos la dejen hincada en los cuernos—me dio un ataque de risa que hasta se me saltaron las lágrimas.

Hija mía, es que nosotras, no es que veamos ya el vaso medio lleno, es que lo vemos rebasadito—siguió riendo conmigo.

Risoterapia, esto es risoterapia—siempre me pasaba igual con ella.

Nada más que por esto, nos merece la pena todas las que nos han hecho pasar esos dos piezas que eran nuestros novios...

Di que sí, traumatizaditas nos han dejado, ¿no te fastidia?

Sí, sobre todo eso, tenemos un trauma que va a provocar que nos vayamos una tarde de estas ya a quemar tarjeta, que nos lo estamos mereciendo, ¿no te parece?

Cuando quieras, que ya estamos tardando.

La comida se prolongó durante un buen rato porque siempre nos pasaba igual. Nos dedicábamos a

despellejar a nuestros ex y eso nos llevaba nuestro tiempo. En Carmen no solo tenía una amiga sino una inestimable cómplice que me comprendía como nadie, porque ella también había recorrido el mismo camino de la mano del que fue su chico: el de la traición y los sinsabores.

Capítulo 4



Mañana de esas que te dan ganas de sonreír. Saber que era jueves y que se avecinaba el último día de trabajo y el fin de semana para disfrutar haciendo lo que a cada uno nos viniera en gana, suponía un aliciente. En mi caso, por ejemplo, se trataba de irme de compras y salir un poco.

Llegué al trabajo y ya me esperaba en la puerta del hospital con el cigarro en la mano Alejandra.

— A mí hoy me lo tienes que contar todo — advirtió señalándome con la mano que sujetaba el cigarrillo.

— ¿Dónde dice eso? — pregunté bromeando.

— Venga ya, que has estado con el hombre más sexy del hospital y eso lo debo saber con pelos y señales.

— Bueno, tampoco es para tanto, lo idolatráis— me encogí de hombros mientras me encendía un cigarrillo.

— Madre mía, si ese hombre debe ser una especie divina en la cama.

— Sí, ronca como nadie — reí.

— Sabes a lo que me refiero — resopló riendo.

— Luego en el desayuno te cuento, no me seas impaciente — reí negando.

— Anoche hasta desveladita estuve por tu culpa.

— Si, sobre todo por mi culpa — volteé los ojos.

— No, espera, la mía que no fui novia del jefe, que por cierto ahí viene — disimuló de nuevo tocándose las uñas.

— Buenos días, chicas. No fumar que es malo — seguía jugándose la.

— Buenos días, Ken — respondió mi amiga.

— Peor es aguantar a los hombres — solté con sarcasmo.

Alejandra me miró conteniendo la risa. Mi actitud ya no le producía ese miedo inicial, pues sabía que entre Ken y yo había un pasado que suponía estar por encima de cualquier relación laboral. Vamos, que nos podíamos permitir buscarnos la lengua.

Las dos primeras horas en consulta fueron mortales. Nos cuadraron varias madres a las que solo les faltó quitarnos el ordenador y auto recetar a sus hijos. Total, que más de una era para encerrarla.

Nos fuimos a desayunar y claro, Alejandra se frotaba las manos deseando saber sobre mi pasada relación con Ken. Y yo la puse al día de esos nueve años en un resumen de dos minutos ¿para qué más?

— Joder, no me lo esperaba, pero ahora entiendo que se perfume y todo, este quiere recuperarte.

— No seré yo la que caiga en la trampa de nuevo — reí.

— ¿Y si cambió?

— A ese no lo cambia ni un milagro de la Virgen de Lourdes.

Salimos con otro café en la mano para fumar el cigarrillo. En cualquier momento aparecería Ken, ya que lo habíamos visto dentro de la cafetería y por ende nos volvería a soltar una de las suyas.

— ¿Un cigarrito? — pregunté cuando lo vi no dándole tiempo a soltar nada y enseñándole la cajetilla.

— Vaya ejemplo de profesional de la Medicina — negó sonriendo mientras andaba.

— Mira quién fue a hablar, el ejemplo de hombre en todo lo que conlleva, en fin — miré a Alejandra riendo.

Ken se paró y se giró.

— La diferencia es que un hombre puede cambiar y no tropezar en la misma piedra dos veces, pero tú, cigarrillo tras cigarrillo, sigues cayendo — me hizo un guiño.

— Tengo margen, tú tropezaste demasiadas veces — asentí de forma irónica sonriendo.

— Joder tía, bien que se las sueltas ¡Te envidio!

— ¿Me envidias por haberlo aguantado? — levanté la ceja haciendo luego un gesto con la cabeza para entrar al ascensor.

Nos pusimos a trabajar y cuando menos nos dimos cuenta ¡Turno acabado!

Aquella tarde venía mi abuela Consuelo y era todo un acontecimiento, porque esa mujer era única y llenaba de vitalidad la casa. Para mí era un referente y me morí de risa desde que entró por la puerta con un cambio de *look* total.

Abuela, ¿qué te has hecho?

¿No me ves bien, hija? —se azuzaba el pelo, en el que se había dado unos reflejos dorados ideales.

¿Bromeas? No se puede estar más guapa. A ver, date la vuelta que yo te vea...

¿Estoy hecha una chavala o no?

¡Y tanto! Mamá, ven a ver a la abuela, que está monísima.

Pero mamá, ¡estás increíble! —se puso mi madre la mano en la cara.

Es que hacía mucho tiempo que no me cambiaba y he pensado que ya era hora de renovarme, porque como dicen que “renovarse o morir” y yo de eso no tengo tiempo... ni ganas...

¡Abuela, qué cosas dices! Siéntate a mi lado y me cuentas...

Nos sentamos en el sofá y ella echó de menos a Blas.

¿Y mi nieto preferido?

El único que tienes abuela... Vendrá en un rato. Está en el cumpleaños de su amiga Martina que ha organizado un almuerzo...

Ains, que me da a mí que este niño está loco por esa amiguita suya.

¿Desde cuándo lo sabes, abu? Me das miedo, parece que tienes un sexto sentido.

Muchos años es lo que tengo hija y eso me da muchas tablas. Algún día te acordarás de lo que te digo.

¿Qué me cuentas de lo de mi jefe, abuelita?

Hija mía, eso es una prueba del destino, fijate lo que te digo.

¿Cómo una prueba? No te entiendo.

Porque hay historias a las que a lo mejor no se les pone un fin, para bien o para mal, hasta que se les da otra vuelta.

Me estás dejando un poco a cuadros...

Yo me entiendo. Tú y yo ya volveremos a tener esta conversación, deja que todo repose.

Abuelita, yo lo mío con él lo tengo ya todo reposado y hasta enterrado.

Vale, cariño, yo solo te digo que dejes el mundo correr...

Vale, abuelita, no te entiendo mucho, pero vale. ¿Y tú? ¿Qué cuentas?

Pues te vas a sorprender, mi amiga Amelia me sugirió que nos embarquemos en unas semanas en un crucero y ya tengo los billetes.

¿En un crucero? ¿De veras? ¡Qué divertido!

No lo sabes tú bien porque es un crucero para *singles* mayores.

¡No! —me puse las manos en la boca.

Abuelita, eres la caña de España.

Claro que sí, hija, yo creo que fui muy buena con tu abuelo que en paz descanse. No le hago mal a nadie dándome una segunda oportunidad para ser feliz.

¡Así se habla!

Mi abuela Consuelo era un ejemplo viviente de cómo había que vivir, yo le tenía un cariño y un respeto inmensos.

¿Y de ahí el cambio de *look*?

Claro, hija. Amelia y yo vamos a ir estupendas. Tenemos la ilusión de dos quinceañeras.

Recuerda que la ilusión es lo que mueve el mundo, Patricia, siempre te lo he dicho.

Esa frase siempre me ha gustado mucho abuela, creo que ha llegado la hora de que me la ponga en el perfil de WhatsApp.

Pues sí.

Y hablando de ilusión, mira la cara del mozalbete que viene por ahí. Yo es que me parto...

¡Hermana! —se me tiró a los brazos.

Dime, ratón.

¡Ha funcionado! ¡Martina es mi novia!

¡Te lo dije!

Choca los cinco, hermana. ¡Qué súper guay!

Blas venía pletórico y nos lo contó a todas juntas.

Esto es un matriarcado, así que me vais a entender muy bien. Resulta que Patricia me aconsejó que le entregara mi peluche junto con una tarjeta a Martina en la que le explicara mis sentimientos y, después de leerla, me ha dicho que quiere ser mi novia.

¿Y qué pasó con Alex?

Pues que su regalo le gustó, pero lo puso con los demás y se vino conmigo.

¡Has triunfado, hermanito!

Sí, gracias a ti.

Me eché a reír, desde luego que allí iban a encontrar todos pareja antes que yo, ¡hasta mi hermanito y mi abuela! Mi familia era de lo más divertida.

Abuela, ¿y qué tienes en ese paquete que huele tan bien?

Galletas para que merendemos, hijo.

¿De las que haces tú en el horno?

¿Y de cuáles si no?

Madre mía, abuela que estoy deseando probarlas—eché mano al paquete.

¡Venga, todos a merendar!

Estábamos en esas cuando llegó mi padre.

¿Os estáis comiendo las galletas de mi suegra sin esperarme? ¡Qué poca vergüenza!

¡Papá! —lo abracé—No te esperábamos tan temprano.

Ya, cariño. Es que he podido escaparme pronto y tenía ganas de compartir algo con vosotros.

Cuenta, papá—a mí me apasionaba escucharlo hablar de su trabajo.

Nos ha entrado en el estudio una gran promoción que...

Que nos dará pingües beneficios—terminó la frase Blas.

Pero niño, ¿de dónde sacas tú esas expresiones?

Eso es lo que dice siempre papá cuando viene contento del trabajo.

Pues esta vez más, pequeño, todavía más. Va a ser un proyecto estupendo, mi equipo y yo nos hemos quedado perplejos.

Eso es porque te lo mereces, papi. Estoy súper orgullosa de ti—le di un beso.

Y yo de ti, hija mía. Te has convertido en todo aquello que siempre anhelaste.

Mi padre fue quien, en su día, más me animó a estudiar Medicina. Yo lo tenía en mente por el tema de Ken, pero me costó un poco porque la nota de media estaba muy alta. Pues bien, en los días de selectividad, mi padre se puso a mi lado y me ayudó a preparar los exámenes. Fue toda una labor en equipo que no tendré vida para agradecerle.

Capítulo 5



Tocaba salir a trabajar y despedirse del hospital hasta el lunes ¿No era una maravilla de día?

Que yo amaba mi trabajo, pero también la vida, sobre todo esos días en los que desconectas y olvidas las responsabilidades.

En la puerta, Alejandra riendo, sacando un cigarrillo para mí.

- No mires, pero detrás de ti, a lo lejos, viene el jefe.
- ¿Y qué quieres? ¿Acaso debería hacerle una reverencia?
- No joder, te avisaba para que prepares la repuesta.
- A mí me salen espontáneas y más para el jefe, que le tengo una manía...
- Buenos días, ¡qué bien sienta un cigarrillo por las mañanas! — dijo cambiando drásticamente el tercio.
- Buenos días, jefe — dijo Alejandra sonriendo falsamente.
- Jefe ¿Cambiaste de perfume? Hueles a tienda china — solté poniendo cara de extrañada.
- Es el último que tú me regalaste, para que veas las malas intenciones — me hizo un guiño mientras se metía en el ascensor y nosotras fuera fumando.
- Pues no te dio tiempo a responderle, se cerró el telón, perdón las puertas del ascensor.

— Alejandra, esa se queda en la reserva y lo bueno es que tengo tiempo para mejorar la respuesta — le hice un gesto y entramos para atender a los primeros pacientes de ese viernes.

Todo fue normal, inclusive el desayuno y el cigarro, pero nada, no apareció Ken. Una verdadera lástima, ya que le tenía preparada una muy buena.

La mañana pasó rápido, eso o que me moría de ganas por pillar el fin de semana e irme de compras esta tarde con mi amiga.

La tarde se planteaba de lo más divertida y es que no todos los días me iba a quemar tarjeta con Carmen.

Hola, guapísima, ¿preparada para traer la tarjeta calcinada?

Sí, sí, te juro que tengo mono—me dio un beso. Llevo días deseándolo, necesito un desahogo.

¿Y eso?

Tía, la nueva jefa, que es una ingrata total. Tiene una cara de estar oliendo mierda todo el día que no puede con ella y a mí es que saca de quicio.

¿Y no puedes pasar de ella?

Eso intento, pero es una mosca cojonera. No para de pasearse todo el día de mesa en mesa de la redacción leyéndonos la cartilla a cada uno.

Esa está mal follada, fijo.

Hombre, eso ya te lo digo yo. Si además es que es más fea que un pie.

Menudo panorama...

Claro, tú por lo menos tienes un jefe guapo—me estaba buscando.

Sí, y al que adoro, ¿no te fastidia? Algunas veces me parece todavía que es mentira, es una situación tan surrealista...

Bueno, ¿pero él como jefe bien?

Hombre, no le queda otra. Si es capaz que venga encima a tocarme las narices...

Sí, como no tienes tú trapos sucios que sacar...

Ya te digo. La gente alucinaría si supiera. Pero vamos, que ese no me va a dar lata, lo que siento es lo tuyo.

No te preocupes. Yo, si esto sigue así, pido un cambio de departamento y me quedo tan pancha.

No te lo pienses entonces.

Ya, ya, tú sabes que yo soy muy pasota. No me como el coco por nada y menos por el trabajo.

Sí, sí, tú de un infarto no te mueres, eso ya te lo digo yo.

¿Qué tienes pensado comprar?

¿Yo? De todo un poco. Algo casual, otras prendas más arregladillas y complementos.

Pues yo igual.

Total, que vamos a empezar hoy y terminar pasado mañana, ¿no?

Eso mismo. Oye, nos tiene que llegar en breve la invitación de boda de Lorena, que se casa en unos meses.

¿En serio?

Sí tía.

¿Te acuerdas? Hace años nadie apostaba un duro por ellos y míralos...

Eso y las parejas formalitas parecíamos nosotros y hemos durado menos que un chupa chups en la puerta de un colegio.

¿Menos? Tía que nos tiramos un montón de años con ellos, vamos que ahora lo pienso y me parece una condena, otra cosa es que no llegáramos a ninguna parte.

Ahí tienes razón, anda que no nos salieron rana ni nada los dos...

Con la pinta que tenían y lo que les gustaban a nuestros padres...

¡Sí, con queso nos la dieron a todos!

Enfilamos hacia las tiendas para, literalmente, arrasar. Mi amiga y yo cargábamos con todas las prendas que nos cabían en los brazos hacia los vestidores.

Limpieza vamos a tener que hacer para poder meter todo esto en los armarios.... — opinaba ella.

Verdad. Yo no soy muy exquisita para eso, pero el día que tenga casa propia, quiero que tenga un vestidor. Por lo demás me da igual.

Bueno y dos dormitorios porque una cosa te digo, Blas se va a encajar a dormir contigo la

mitad de los fines de semana.

Ya, eso será si me independizo pronto porque si ya le coge en la adolescencia se olvidará de mí para volcarse en sus novias—reí.

Pues entonces te tendrás que dar prisa, pero como sigamos tirando así de datáfono, no sé yo que decirte.

A ver, a mí, por una parte, me hacía ilusión independizarme y tener mi propia casa, pero por otra, también vivía muy bien con mis padres y tenía para todos mis caprichos. No obstante, era la primera vez que iba a ganar un sueldo en condiciones y ya iría viendo. Lo primero, que no me faltara de nada. Era coqueta hasta la saciedad.

¿Un batido? —le ofrecí a media tarde.

¡De esos con nata de la heladería nueva! Vamos—tiró de mi brazo.

Y no, no eran batidos, eran las madres de todos los batidos. Tenían una foto preciosa y no la desaprovechamos, en esas copas tan chulas con su nata, su sirope y sus virutas de chocolate.

Tengo que traer aquí al hombrecito de mi vida—me refería a Blas, como no podía ser de otra manera.

Sí, sí, y ese día me avisas, que estoy deseando verlo.

No lo vas a conocer, no veas si ha crecido en estos últimos meses.

Es que a esas edades los niños crecen por la noche, como los pepinos, yo lo sé por mis sobrinos.

Sí, sí, está muy grande y tiene un pico de oro.

¿Qué dices? Me lo como crudo, vamos...

Sí, sí, no sabes el desparpajo que está echando.

Bueno, siempre ha sido mortal, para desternillarse.

Pues ahora todavía más. Estoy pensando que voy a ir a comprarle una camiseta de la serie esa que tanto le gusta, la de la niña de los poderes...

Calla, la de "*Stranger Things*", ¿no?

Sí, sí, le alucina.

Pues esas las hay por todos lados.

Ok, luego la buscamos.

Oye, ¿y tu abuela Consuelo?

Divina, esa sí que está divina. En unas semanas se va a embarcar en un crucero para *singles* mayores, ¿cómo lo ves?

No, no me lo puedo creer.

Pues como te lo cuento. Tiene una vitalidad que es para alucinar y las ilusiones intactas.

¡Toma ya! Y mira que ella quería a tu abuelo, que en paz descansa.

Sí, y lo sigue queriendo, pero dice que lo cortés no quita lo valiente y que no se muere sin volver a conocer el amor.

¡Eso es salero y lo demás son tonterías! Nos va a tener que dar lecciones.

Sí, sí, es una crack total, yo me quito el sombrero con ella.

Y yo, y yo, es digna de admirar...

Allí sentadas hablamos un poco de todo y nos tomamos varios *selfies*. A Carmen y a mí nos encantaba tener recuerdos de los momentos que pasábamos juntas. Yo en mi cuarto tenía un *collage* grande con fotos y siempre estaba añadiendo algunas de las que me hacía con ella.

Después de reponer fuerzas, le dimos fuerte a los complementos. Los bolsos y zapatos también eran nuestra perdición y los de aquella temporada parecía que nos llamaban a gritos ¿Por qué tenían que hacerlos tan bonitos?

Nada más y nada menos que con tres pares cada una salimos de aquella zapatería que tanto nos gustaba. ¡Y todavía nos quedaba buscarles algunos bolsos! Definitivamente, ir de *shopping* nos volvía locas y, de vez en cuando, le dábamos esa alegría a nuestros cuerpos serranos.

Por último, nos fuimos a buscar la camiseta de Blas. Entramos en una tienda que tenía mucho género de la serie y claro, como solía pasarle, salió mejor parado de lo que pensaba. Camiseta, gorra y taza para el desayuno, todo de sus personajes favoritos. Y es que yo, por ver contento a ese chiquitín, me sacaba un ojo.

Quedamos para salir un poco de fiesta al día siguiente, que era sábado y no podíamos estar encerradas.

Capítulo 6



Desayuné a solas con mi hermano. Mis padres habían salido al mercado a comprar un poco de marisco para preparar un arroz al mediodía, así que me puse con él a charlar plácidamente.

Me contó distintas cosas sobre su amiguita Martina a la que ahora definía como novia ¡Yo me lo comía!

Después del desayuno me lo llevé un rato a la calle a comprar pasteles para la merienda y un libro que me había pedido para leer, cosa que me encantaba.

Me venía muchas veces al pensamiento Ken. Lo de haberlo vuelto a ver me ocasionaba un poco de nerviosismo, aunque quisiera negarlo, pero habían sido nueve años. No era poca broma.

La hora del almuerzo fue francamente divertida. Entre mi hermano y yo amenizamos el almuerzo contándoles a mis padres esa relación del pequeño con su compañera de clase. Mi madre se hacía la impresionada y entraba al trapo, mi padre solo levantaba la ceja y nos escuchaba sonriente sin decir ni media palabra.

El día se me pasó volando con mi familia y por fin llegó el momento tan deseado.

Sencillamente divinas, así nos poníamos Carmen y yo cada vez que salíamos de fiesta y aquella noche no iba a ser menos. Allá íbamos las dos con nuestros taconazos, faldas cortas y aquellos tops monísimos que nos hacían un escote de vértigo a cada una.

Te juro que esta noche tengo ganas de bebérmelo todo—avanzábamos cogidas del brazo y muertas de la risa.

Y yo de bailar, que les tengo que dar marcha a estas caderazas.

No te preocupes que en cuanto empieces a moverlas los vas a dejar a todos hipnotizados —mi amiga tenía más curvas que el circuito del Jarama.

Llegamos a un pub que se estaba llevando la palma. Solo hacía un mes que lo habían abierto, pero todos acudíamos a él como las moscas a la miel.

Aquí cada vez viene más gente, es una pasada. Ya verás como nos encontramos a mogollón de conocidos—miraba Carmen alrededor.

Y eso que todavía es muy temprano, ya verás cuando se empiece a ambientar, aquí no va a caber ni un alfiler.

Joder, y qué nivel. La gente viene súper arreglada, postureo total.

¡No! Mira quiénes están postureando a tus nueve—señaló en la dirección de las agujas del reloj.

¿Se puede ser más desgraciadas? ¡Habría gente para encontrarse!

Bueno, bueno, ¿ha acabado ya el desfile de modelos y os han dejado salir? —sí, eran ellos. En concreto Ken fue el que rompió el hielo al acercarse a nosotras, Miguel a su lado.

Os podéis ahorrar los piropitos que ya sabemos muy bien que son dardos envenenados—le solté una sonrisita malévola a Ken.

¡Desde luego que no sabemos cómo acertar! Si os decimos cosas bonitas malo, si no las decimos, también—soltó Miguel.

Eso último es una observación vuestra—ahora iba Carmen a darle a su ex el zasca correspondiente.

Oye Carmen de repente me ha venido como una mala onda increíble, ¿no te pasa?

Sí, sí, una vibra súper chunga. No sé cómo explicarlo, como si me viniera un olor a cuerno quemado o algo parecido.

Vaya tela, es que no dejáis títere con cabeza. No nos dais tregua—reía Ken.

No, bonito, no te confundas. Los que no dejasteis títere con cabeza fuisteis vosotros, que os tirasteis hasta a una escoba con falda...—maticé.

Pero que benditos el día y la hora—siguió mi amiga—que a Patricia y a mí nos habéis dejado en la gloria. Somos mujeres nuevas.

Ya lo vemos ya, estáis preciosas—corearon.

Sí, sí, lo sabemos. ¿Bailamos, Carmen?

Venga.

Esperad un poco, que vamos a pedir una ronda, ¿qué prisa tenéis?

Bueno, nosotras no somos de muchas prisas, algo podemos esperar. No como otros que estaban deseando que pasara una presa para apretar el gatillo—puse un gestito gracioso y se tuvieron que reír hasta ellos.

Bueno, bueno, que unos tienen la fama y otros cardan la lana, a ver si resulta que mi amigo y yo vamos a ser ahora...

Nada, nada, vosotros no sois nada, unas hermanitas de la caridad, solo os falta el hábito—reímos.

¡Malas sois con nosotros!

Pobres víctimas, vais a necesitar que os vea el psicólogo—Carmen también tenía el hacha de guerra afilada.

Y de paso al sexólogo, que os haga precio, un dos por uno y os mire la adicción.

¿Adicción? Joder...

A eso precisamente—nos echamos a reír a brazo partido las dos.

A ver, ellos nos las habían hecho pasar canutas, pero nosotras estábamos disfrutando de lo lindo al darles caña.

Venga, dejad que os invitemos—sus ojillos imploraban.

No, si al final va a resultar que nos quieren convencer de que las puñeteras somos nosotras.

Puñeteras no, pero un poquillo rencorosas...

¿Rencorosas? Mirad chavales, no podemos guardaros rencor porque ni siquiera nos acordamos de vosotros, para nosotras sois transparentes, no sé si me explico—ahí la llevaban, me estaba quedando a gustito.

Bueno, pues voy a tener que valerme de mi condición de jefe para lograr algo—me guiñó el ojo Ken.

Como te pongas gracioso en el trabajo, te vas a caer con todo el equipo. Vamos que cojo un espray y pongo en la puerta de tu despacho que eres un vividor follador.

Eso y yo publico lo mismo de ti en mi periódico, en una columna de sociedad—la carilla de mi amiga mirando a Miguel tampoco tenía desperdicio.

¡Pues sí que nos tenéis cariño? ¿Bailáis?

¡Claro! Y los dejamos locos cuando salimos andando y nos pusimos a bailar entre nosotras, ignorándolos.

¡Mira, mira la cara que se les ha quedado! —ellos negaban y no daban crédito.

Acércate a mí y vamos a bailar en plan sensual que estos dos se van a ir más calientes esta noche que el palo de un churrero—parecía que me hacían dado cuerda, no podía parar de reír.

A mí me da un subidón ponerlos palotes que no puedo con él—la carilla de Carmen era de mala total.

Y míralos, les va la marcha porque están allí como dos cachorrillos desvalidos.

Venga, vamos a ponerlos un poco más...

Y dicho y hecho. Nos acercamos a ellos y empezamos a bailar cada una delante de nuestro ex, derrochando sensualidad. Sus caras lo decían todo, estaban locos por hincarnos el diente y se iban a comer un mojón.

Vamos por otra copa—se miraron el uno al otro, no podían más.

¿Estáis acalorados? Lo mismo nosotras podíamos hacer algo por aliviar ese sofoco—los provoqué.

No estaría mal—Ken me miró emocionado y casi poniendo su mano en mi cintura.

¡Que corra el aire, chaval! —me aparté.

Joder, no se sabe a qué estáis jugando.

¿Jugando? Solo hemos dicho de aliviar vuestro sofoco...

Mi amiga y yo nos miramos y, a la de tres, comenzamos a soplar sus caras, echando más viento que un molino.

¡Malas, sois rematadamente malas! —nos miraban con ganas contenidas.

¿Mejor? Y ahora, si queréis, ya podéis ir por esas copitas.

¡Cómo había cambiado el cuento! De repente éramos Carmen y yo las que teníamos la sartén por el mango y ellos estaban comiendo de nuestras manos ¡Por listos!

He de reconocer que fue una noche en la que lo pasamos de muerte, con Ken y Miguel intentando algo todo el tiempo, agasajándonos con atenciones y copas, y nosotras apartándolos como si estuvieran apestados ¡Donde las dan, las toman!

Al salir del local nos despedimos y los dejamos allí tan anchas. Cogimos un taxi y vimos cómo ellos cogían otro. Si esperaban algo más... ¡Iban apañados!

Capítulo 7



El domingo fue de resaca monumental, de esas que te dejan todo el día sin fuerzas para moverte.

Mi hermano Blas se levantó de lo más risueño y vino a llamar a la puerta de mi dormitorio antes de abrirla.

— Hermana ¿Desayunamos?

— Me muero...

— Siempre cuando sales con Carmen dices que te mueres — reía.

— ¿Qué hora es?

— Las once — sonreía.

— Pero imagino que tú ya has desayunado.

— Sí, pero me entra otro desayuno más — se tocaba la barriga.

— Yo prefiero que me lo traigan a la cama, un poco de café, una tostada, un zumo... — hice la que me desmayaba.

— Vale, se lo digo a mamá — salió corriendo hacia la cocina.

Me levanté, pues no quería que me lo trajesen a la cama. No había visto cosa más incómoda en mi vida y eso que la gente lo calificaba de glamuroso, amoroso y no sé qué cosas más.

Mis padres estaban preparando el almuerzo. Me saludaron tan felices como siempre, la verdad es que eran un matrimonio ejemplar y todo lo hacían con mucho cariño.

Me llegó un mensaje inesperado.

Ken: Buenos días, ¿me permites que te invite a comer?

Joder ¿Y a este que le había entrado?

Yo: ¿A comer? ¿Contigo? ¿Te has equivocado de número?

Ken: ¿Te llamas Patricia y trabajas en mi planta de Pediatría?

Yo: Pues claro que no...

Ken: Pues ¡Te tocó! Seas quien seas, quiero invitarte a comer.

Yo: Mis padres están preparando una deliciosa comida...

Ken: Pues voy para allá.

¡Tendría morro! Se lo enseñé a mis padres y los pobres que tenían un corazón de oro me dijeron que les dijera que sí.

— Mamá, papá, ¿en serio?

— Hija, sabes que a pesar de todo le tenemos cariño, no estuvo bien cómo se comportó contigo, pero tampoco es mal hombre. Además, ya sabes que tu padre se llevaba fenomenal con él.

— Mamá...

— Dile que sí, anda.

— Hija — esta vez mi padre — ¿Y si cambió?

— Por mí que cambie, descambie o haga lo que le dé la gana, pero si queréis verlo...

— ¡Sí! — gritó Blas riendo.

Le envié el mensaje a Ken.

Yo: Vale...

Ken: Estoy saliendo de mi casa.

¡Pero bueno! Y tan decidido que lo tenía, como que conocía a mis padres y sabía que en la puerta no lo iban a dejar.

Un rato después allí estaba. Salió mi padre a recibirlo y se abrazaron con efusividad. Después mi madre y Blas. Yo me quedé mirando por la ventana de la cocina hacia el jardín, luego salí con una sonrisa de lo más irónica.

Estaba guapísimo, siempre lo había sido. Le dije un “hola” con desgana, de esos más fingidos que todas las cosas. La cara de mi padre a modo riña me hizo soltar una carcajada y mi madre se puso a negar mientras Ken sonreía restando importancia.

Mi padre descorchó en el jardín una copa de vino, Blas no dejaba de enseñarle unos vídeos por la Tablet y Ken lo escuchaba con esa sonrisa que el pequeñajo siempre le había sacado y es que lo había visto crecer.

Me echaba miradas de esas que buscaban mi complicidad. Yo negaba volteando los ojos continuamente. Me parecía de lo más surrealista esa situación, pero es que él en casa siempre fue uno más, aunque terminara sacándome de quicio y envuelto en líos de faldas.

Me pintaba las uñas mientras disfrutaba de la copa de vino y mi padre y Blas charlaban con Ken. Mi madre estaba en la cocina terminando de preparar la comida y no me dejaba ayudarla, pues decía siempre que hiciera de todo menos tocar los alimentos, esos que según ella yo cocinaba muy rápidamente y todo necesitaba su tiempo.

Era increíble que estuviera de nuevo en mi casa. Si he de ser sincera, me costó muchas lágrimas y dolor todo lo que me hizo, superarlo fue lo peor y ahora siendo racional no fue nunca malo, solo que el tema de las mujeres le sobrepasó, aunque debo reconocer que fue un gran hombre conmigo.

Durante el almuerzo, Ken levantó la copa y se puso de pie, yo lo quise matar, ¿por qué cojones

quería brindar?

— Quiero daros las gracias a los que hasta hace un año fuisteis mi familia, en mi corazón nunca lo dejasteis de ser. Se que me comporté como un cobarde, como un mal hombre, pero quiero pedir os perdón, a cada uno de vosotros, por ese daño que le causé a Patricia y que no se merecía. Yo perdí a la mujer de mi vida, pero espero no perderos como esa parte que sois de mí, aunque prometo que lucharé toda mi vida y daría lo que fuera por volver con ella — me miró.

— La llevas clara, no te vengas tan arriba — reí y le hice sonreír. Mis padres me miraron con ganas de matarme por ese comentario.

— Hija...

— Mamá, no dije nada malo — resoplé riendo.

— No pasa nada — dijo Ken después de chocar las copas con la de mis padres y yo quitar corriendo la mía para no darle la oportunidad — Se merece estar así, tener esos gestos conmigo, pero poco a poco me ganaré el que cambie, sea o no para mí, me verá con otros ojos.

— ¿Para ti? ¡Ni que fuera una mercancía!

— No, sabes a lo que me refiero, siempre te dejé ser tú. Es más no soy nadie para dejarte o no, pero nunca te privé de tu libertad — la cara de mis padres escuchándonos era un poema, en cambio de la Blas era toda una sonrisa, se notaba que disfrutaba con esas indirectas.

— Hija...

— ¡Mamá! Déjame a mí que yo lo conozco — negué — Ken que sí, tú eras muy de libertad, véase el ejemplo que se te fue de las manos — dije con ironía.

— Bueno hija, ya — esta vez mi padre y más cortante.

— Tranquilos, si lo sé en vez de brindar, os emborracho a todos antes — bromeó Ken.

— Tranquilo tú, que la que me emborracho seguro hoy soy yo — sonreí con ironía viendo cómo mi padre negaba aguantando la risa. En el fondo sabía que no iba a llegar la sangre al río.

Mi padre utilizó el arma más afilada para cortar una conversación y atraer la atención de cualquier hombre, el fútbol. Así consiguió que durante la comida ellos estuvieran metidos en su charla fuera del peligro que suponía mencionar otra cosa, vamos, nada que me pudiera hacer saltar.

Tras el almuerzo mis padres se fueron con el niño a ver a mi abuela Consuelo y nos quedamos los dos solos en casa. Temí que ahí fuera a comenzar la Tercera Guerra Mundial.

Preparé dos cafés y los saqué al jardín.

— Gracias...

— La que me hace a mí verte en el trabajo y aquí — solté directa a la yugular.

— ¿No me vas a perdonar en la vida?

— Pues claro, hace mucho que lo hice, pero eso no evita que me caigas un poco mal.

— Bueno ¿A cuento entonces de qué? Cuando se perdona...

— Una cosa es perdonar y otra no poder obviar que no, que te veo más falso que un billete de treinta euros.

— No es así, es la rabia que aún llevas dentro.

— Lo que tú digas, chaval...

— Patricia, me gustaría que hicieras el esfuerzo de intentar salvar algo de lo bonito que hubo entre nosotros.

— ¿Salvar?

— Créeme que podemos.

— ¿Y quieres que seamos súper amigos como si nada hubiera pasado?

— No, quiero que seamos de nuevo algo, para mí fuiste y serás la mujer más importante de mi vida.

— ¿Te has echado a las drogas?

— No, pero si por ti tengo que hacerlo lo hago, no más de un porri...

— ¡Tonto! — reí.

— Ahora el motivo de esa sonrisa fui yo, no vamos por mal camino.

— Ken, por favor, ya sabes que tiene que pasar una catástrofe mundial para que tú y yo volvamos a estar juntos.

— No hará falta tanto, creo que en una semana seré capaz de haberte enamorado de nuevo.

— Obviamente, fumas algo raro — me encendí un cigarrillo pese a saber que no le gustaba que fumara, pero ¡y a mí qué!

— Créeme si te digo que antes del domingo que viene me dirás que quieres volver conmigo.

— Es más fácil que me acueste contigo a volver junto a ti — reí.

— Pues no vamos por mal camino.

— No tienes remedio — negué riendo.

— Y de tus padres tengo la aprobación.

— ¡Calla! Que encima te estampo el vaso en la cabeza — resoplé.

— No serías capaz — levantó la ceja.

Y lo peor de todo es que me hacía sonreír, era increíble la capacidad que tenía para ser el causante de mis sonrisas y eso me ponía de muy mala hostia. Notar que me iba ganando por momentos, me creaba inseguridad y hacía que disimulara más y más.

Pasó la tarde conmigo, buscándome la lengua, recalcando que todo lo que hizo fue consecuencia de ser una bala perdida, que yo no me merecía eso y que ahora daría la vida por hacerme completamente feliz ¡A buenas horas mangas verdes!

Y lo mejor de todo, para morir de la risa, una semana y se pensaba que caería rendida a sus pies ¡Pobre iluso! Una cosa es que volviera a atraerme y otra muy distinta eso...

Y cómo no, alargó el día y llegaron mis padres que, por supuesto, no iban a quedarse de brazos cruzados, lo invitaron a cenar... Y claro ¿Cómo no iba a aceptar él? ¡Por favor!

— Así que te va genial como jefe de planta — preguntó mi padre sin saber que eso no, que eso era levantar la liebre.

— Muy bien, no me puedo quejar.

— ¡Cómo para quejarse! — reí reclinando la cabeza — Se rasca los huevos, ya que nos tiene a los demás pasando consulta — reí.

— Yo atiendo a los ingresos...

— Sí, pasando por cada habitación cuarenta segundos todos los días a lo largo de una hora por la mañana.

— En algunos casos tengo que invertir más tiempo...

— Bueno, que soy idiota por preguntar nada — negó riendo mi padre, se acabó la conversación.

— Menos mal — murmuró mi madre.

Tras la cena Ken se despidió y lo acompañé hasta la puerta del jardín donde tenía su coche.

— Mañana nos vemos y deberías dejarte querer...

— Anda tira para adelante que aún te parto la luna del coche.

— No serías capaz — me hizo un guiño y se montó en el coche.

Le di una patada a su rueda y casi me reviento el dedo ¡Era tonta! Él negaba desde el interior.

— ¡Vete! — grité negando, pero enfadada por el dolor de dedo que tenía.

Entré y mi madre estaba sola en la cocina...

— Hija, sé que no se portó bien contigo, que te hizo cosas intolerables, pero ¿Y si cambió?

— Pues que lo disfrute otra...

— Sé que tú aún sientes cosas por él.

— Mamá, está bueno, es guapo, pero el hecho de que lo conozca hace que nada de eso me importe.

— A mí me parece que es una buena persona.

— ¡Mamá! No sé cómo puedes decir eso a sabiendas de lo que me hizo.

— Hija, no te pongas así, te lo digo por lo que sé que sentís los dos.

— No lo des por sentado, en serio.

— Lo mismo me equivoco, pero creo que volveréis.

— Mamá, desde luego, qué poco me conoces — resoplé ayudando a recoger los restos de la cena.

- O te conozco más de lo que tú crees, pero los ojitos con los que os mirabais no eran de dos personas que pasaran la una de la otra.

- Yo paso completamente de él, eso tenlo muy claro, otra cosa es que ahora se haya dado cuenta de que la cagó y obvio que se ha percatado de que perdió mucho, pero que se joda. Me voy a dormir — besé su cara.

- Prométeme que no serás tan dura con él...

- Demasiado blanda soy, no le debí ni haber permitido que pisara esta casa hoy.

- No seas así.

- Hasta mañana, mamá.

Y me fui a la habitación con ganas de todo, de nada ¡Me estaba volviendo loca!

Me costó hasta dormir. Veía pasar las horas y me daba rabia que no fuera a descansar como me gustaba, sobre todo para ir a trabajar, que me debía por completo a ello. Y es que aquella sonrisa tonta que me sacaba y el hecho de que mi madre notara miradas entre ambos... Todo era real por mucho que yo lo negara.

Capítulo 8



No voy a decir que el lunes sea mi día de la semana preferido, pero aquel me levanté con ganas. El domingo había sido un día curioso y la declaración de intenciones que hizo Ken en la mesa con mi familia fue para enmarcarla, por mucho que yo pusiera cara de asco. Al menos, que fuera reconociendo todo lo que hizo.

Llegué y Alejandra me miraba con un gesto de querer saber que no podía ni quería disimular.

Buenos días, doctora, no solo te veo guapa, que eso es evidente, sino además contenta.

Puede ser—yo no quería soltar prenda todavía porque no me fiaba ni medio pelo de él.

Me tienes que contar que a ti te está pasando algo.

Anda, fumémonos el cigarrillo y empecemos la consulta, que es lunes y las madres tendrán ganas de guerra.

¿De verdad me vas a dejar así?

Todo a su debido tiempo—reí.

Esto es un sinvivir—se quejó.

Subimos a mi despacho y Alejandra fue en busca de material mientras yo encendía el ordenador y calentaba motores.

Al abrir la puerta, aquel embriagador perfume me asaltó. ¡No podía creerlo! Sobre la mesa había un precioso ramo de flores rojas con una tarjeta que decía “*No voy a desaprovechar la oportunidad de enamorarte en esta semana, que lo sepas. Te quiero.*”.

Me quedé loca ¿Cómo me las había hecho llegar? Bueno, muy difícil no le habría sido porque para eso era el jefe.

¿Qué es esto? Dios mío si huelen desde la puerta—Alejandra metió la cabeza en el ramo.

No sé, me las he encontrado aquí, debe ser un error—le saqué la lengua.

¿Un error? Tú sabes más que los ratones colorados.

Huy, huy, huy, que ya es la hora. Llama al primer paciente, corre.

Desde luego, vaya si me cuentas poquito, ¿no te da penita? —me puso ojitos.

No te preocupes, que cuando haya algo que contar, serás la primera.

Y la primera fue en la frente, una madre más papista que el papa, que decía que yo me había equivocado y que su hijo no tenía laringitis.

Qué va, qué va, señora. Su hijo tiene una tos perruna y suena como una caña cascada, pero laringitis no es...

¿Eso es ironía?

¿A usted qué le parece? Si va a diagnosticar usted no sé para qué pierde el tiempo en venir y me lo hace perder a mí.

¡Qué borde!

Borde no, realista.

Voy a darle las quejas al jefe de Pediatría, la va a poner en su sitio, ya lo verá—salió

dando un portazo.

Fíjate, no sabe lo que va a hacer, le va a dar un motivo para venir a verte—se moría de la risa Alejandra.

Y claro está, no tardó. Llamaron a la puerta y era Ken.

Buenos días a las dos. Patricia, después te espero en mi despacho—me guiñó el ojo de lo más sensual.

Vale, vale, ya supongo que te habrán ido con el cuento.

Sí, sí, ya ha estado la histeriquilla esa dándome las quejas. Que tengáis buena mañana—cerró.

Loca, yo me quedo loca. No me lo vayas a negar porque lo he visto con mis propios ojos. Te ha hecho un guiño de lo más sensual.

Se le habrá escapado—reí.

¿Escapado? ¿Tú eres de piedra? A mí me hace ese guiño y me desmayo. Aquí hay tomate y lo sabes...

Sí, creo que lo ponen del natural en la cafetería, junto con el aceite y el pan—saqué el capote.

Un rato después me acerqué al despacho de Ken.

Bonitas rosas, por cierto—dije al cerrar la puerta y entrar.

Es lo menos. Quería que tuvieras el mejor comienzo para la semana en la que va a cambiar tu vida.

Muy seguro estás tú... ¿Te crees que por haber estado ayer en mi casa ya tienes todo el pescado vendido?

Totalmente, como de que me llamo Ken.

Por obra y gracia de tu madre—tamborileé los dedos en la mesa mientras sonreía.

Sobre todo, por su gracia, sí. ¡Anda que no he tenido que aguantar cachondeito en mi vida!

Bueno, bueno, no me cuentes tus penas. ¿Me has llamado para echarme la bronca por lo de la madre esa?

Sabes que te he llamado porque estaba deseando verte y demostrarte que voy a cumplir lo que te dije ayer. Reconquistarte se va a convertir en la prioridad de mi vida.

Pues no vas a tener que comer tú picos ni nada para eso, chaval...

Eres malilla conmigo.

Soy una santa y lo sabes. Otra no te hubiera mirado más—advertí con el dedo haciéndome la chulilla.

Eso ya es agua pasada. Ahora voy a demostrarte que he cambiado.

¡Madre mía! Pues anda que no tienes trabajo por delante...

Sí, sí, ya te lo he dicho. Una semana de trabajo.

Mira, en una semana no me coges ni en un renuncio. Lo de reconquistarme a mí te iba a llevar más tiempo que las obras de la Sagrada Familia.

Pues yo estoy dispuesto, lo único malo es que no sé si para entonces iba a estar en condiciones de cumplir, me ibas a coger ya con el bastón y sería una auténtica pena—me volvió a guiñar el ojo.

Eh, eh, que te conozco y veo tu imaginación volar.

No soy el mismo, no voy a negarte que me atraes a rabiar, pero no es eso lo que busco.

¿Y entonces?

Lo que busco es llegar a tu corazón...

Y yo no sabía si sería verdad, pero lo cierto es que se pasó toda la mañana intentando coincidir conmigo y diciéndome cosas bonitas y emocionantes allí donde me viera. Unos encontronazos que yo no podía evitar que me llegaran al corazón, por mucho que pretendiera esconderlo.

Salí del trabajo y me fui volando para almorzar con Carmen. Nada más verla aparecer ya sabía que tenía algo importante de lo que hablarme, ¡si la conocería yo!

Hola, guapísima—le di un beso.

Hola, amiga. Loca me tienen entre todos—rio.

¿Y eso? Suelta, anda.

Pues porque mi vida está patas arriba. Para empezar mi jefa, que sigue optando al título de “Miss Amabilidad”, como te dije.

Vamos, que sigue sin follar...

¿Esa? Esa la última vez que folló fue en el año de la tos, te lo digo yo...

No lo dudo, vais a tener que hacer una vaquita entre todos los compañeros y contratar los servicios de un gigoló para ella.

O para mí y que así se me olviden las penas. Dos cervecitas por favor—le hizo una indicación al camarero mientras íbamos mirando la carta de tapas.

Bueno, tú puedes con esa petarda y con mucho más.

Bueno, bueno, pero todo ayuda a desquiciarme, porque no te lo he dicho, pero tengo un lío en el coco de categoría.

Venga, dale, que me imagino de sobra por dónde van los tiros...

Pues sí, por dónde mismo irán los tuyos, seguramente. A ver, que yo a Miguel lo empiezo a ver de otra manera.

Define “de otra manera” —yo quería meter los dedos hasta el fondo, a ver si coincidía con mis impresiones.

Pues eso, Patri, que no tengo la sensación de que sea el cafre que yo conocí, el que babeaba hasta por una escoba con falda.

Vamos, que lo ves arrepentidillo...

Bastante. Yo creo que en este tiempo sin mí ha recapacitado y se ha dado cuenta de que perderme fue una cagada total.

O, dicho en otras palabras, que actuó como un niñoato.

Eso mismo. Yo percibo sinceridad en sus palabras. Eso o que se ha metido a clases de arte dramático y le van a dar un Goya en breve.

Ya...

Sí, es que no pierde ocasión de hacerme llegar que se equivocó, que metió la pata hasta el cuadril...

Lo sé, lo sé... Si a Ken le pasa lo mismo.

Sí, ¿verdad?

Sí, totalmente...

Pues dos pedazos de actores así no creo yo que se hayan ido a juntar—su gesto era de quererlo creer.

No es probable, lo que pasa es que con estos dos nunca se sabe...

Ya, es que nos las dieron tantas veces, pero piensa, Patri ¿Qué intención los llevaría a querernos dar coba otra vez?

No lo sé, porque yo creo que se deben haber dado cuenta de sobra de que ya no somos las pringadas del siglo que estábamos con ellos...

No, se nos nota a la legua el desparpajo y que no los necesitamos absolutamente para nada.

Eso está claro. Vamos que, si volvieran a las andadas, les volvíamos a dar una patada en el culo volando y, aun así, están pico pala queriéndonos recuperar, eso es verdad.

Sí, sí, se lo están currando. Bueno, cuéntame cómo te fue ayer con Ken.

Pues de maravilla—ironicé—Vino a casa de mis padres y comió con todos nosotros... Se coló casi, por toda la cara, aunque ellos dieron el visto bueno.

¡Me quedo muerta en la piedra! —se puso las manos en la boca.

¿Y tus padres? ¿Qué dicen?

A ver, no hace falta que te diga que Ken siempre fue santo de la devoción de mi madre y no digamos ya de mi padre, así que él entró como Pedro por su casa.

Te juro que si un pajarito me hubiera dicho hace un mes que esto iba a pasar, no me lo hubiera creído.

Pues yo te juro que, si me pasa a mí, el pajarito tiene que volar, porque es que le retuerzo el pescuezo. Yo no lo quería ver ni en pintura—carcajeé—Y ahora tampoco mucho, pero me sacó la sonrisa un montón de veces, aunque indirectas le tiré mil.

¿Y después de la comida?

Pues después de la comida estuvimos pasando el día en mi casa, incluso estuvimos hablando en mi jardín y me dijo que iba a luchar por mí, pero claro...

Te cuesta creerlo...

Tía, claro que cuesta, es que nos hicieron putadas de todos los colores estos dos...

Sí, que es verdad y nosotras que llorábamos como dos Magdalenas...

Sí, sí, más tontas y no nacemos. Andando iba a llorar yo ahora por él...

Después le conté a mi amiga lo del ramo de rosas y los encontronazos de la mañana y alucinó.

¿Y tú? ¿Qué pasó ayer con Miguel?

Pues tres cuartos de lo mismo. Me invitó a comer a la pizzería esa nueva que han abierto, de la que todo el mundo habla, y me puse divina de la muerte para ir.

¡Esa es mi amiga!

Y eso, que no le faltaba un detalle. No veas cómo me miraba y lo súper atento que estaba conmigo.

¡Es increíble! Como un milagro, lo único que me parece a mí muy bonito para que sea cierto.

¿Será una apuesta?

¿Te imaginas?

Pues entonces que se despidan de sus huevos porque se los cortamos—nos asaltó una carcajada a cada una.

Una cosa estaba clara, que aquellos dos nos estaban haciendo pasar buenos ratos, eso por descontado.

En serio, que tengan cuidado porque yo no te lo voy a negar, amiga, cuando me decía eso una cosita se me movía por dentro.

¡Anda y a mí! Me salía una sonrisa más tonta...

Es que nosotros los quisimos tela y no supieron valorarlo.

Hombre que los quisimos... Y encima con la diferencia de edad, que los veíamos como si jugaran en otra división.

Y sí jugaban, lo que pasa es que nosotras tardamos en enterarnos.

Pues después los que se enteraron fueron ellos, porque los dejamos con dos palmos de narices.

¿Pues sabes lo que te digo? Que yo no voy a negarte que me encantaría que lo dicen sea cierto, pero van a tener que sudar tinta para demostrarlo.

¡Amén!

Nos reímos una barbaridad en ese almuerzo en el que mi amiga y yo cargamos pilas, pues por algo, como siempre, íbamos en el mismo barco.

Capítulo 9



Me levanté pensando en aquel ramo de flores y en las palabras de Ken ¿Serían sinceras? ¿Quién pudiera meterse en su cabecita y comprobarlo!

Camino del trabajo iba ensimismada en ese mismo pensamiento y fue entonces cuando vinieron a mi mente las palabras que siempre decía respecto a eso mi abuela Consuelo, que venían a ser que lo que está a la vista no necesita un candil. Vamos que la cosa estaba clara, la verdad siempre terminaba resplandeciendo.

Llegué y allí me estaba esperando Alejandra como agua de mayo.

Tú me tienes que contar y lo sabes.

¿Yo? —miré hacia atrás.

No, mi prima. Si supieras que anoche no me podía dormir de tanta intriga...

No me seas cotilla, anda.

Ni tú injusta, doctora—me dio un gracioso codazo—Que me has puesto la miel en los labios con la información que me diste, has sido tú la que me ha metido dentro el gusanillo del chisme.

Bueno, bueno, que yo creo que ese lo traías tú de serie—reí.

Bueno, un poco puede ser, pero vaya, ¡que tiene hambre y este tengo yo que alimentarlo!

Vale, vale, vamos a fumarnos un pitillo y a la hora del desayuno te pongo un poco al día.

Miré de frente y sí, era Ken. No podía venir más guapo el condenado y con esa ristra de dientes que parecían perlas...

Muy buenos días, Alejandra. Patricia...—me hizo otro guiño que me disparató.

Buenos días, jefe.

Buenos días, Ken.

Te espero cuando tengas un hueco en mi despacho. Tengo unas cosas que comentarte—me miró.

Cuando pueda, voy—sonreí.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué se siente cuando un buenorro así te guiña el ojo? —ella se tapaba la cara.

Dudas, se sienten dudas—reí.

Algo más sentirás porque si no, te juro que vamos a ir a que te tomen el pulso, tendrías que estar muerta...

Anda, arranca—casi me la tengo que llevar de allí a regañadientes.

Yo es que estoy enganchadísima a vuestro culebrón—me confesaba en el ascensor.

¡Anda ya! Si no me había dado cuenta—reí.

Me senté en la mesa y abrí el ordenador. Nada más hacerlo, me llegó un WhatsApp de Ken indicándome que abriera mi correo.

Reconozco que me quedé totalmente embobada con ese precioso álbum virtual en el que había recopilado las mejores fotos de nuestra relación. ¡Qué bonito! Y lo mejor eran esas últimas páginas en blanco y su dedicatoria: *“Todas estas están vacías porque lo mejor está por llegar. Te quiero”*.

¿Qué miras? —me preguntó ella intrigada hasta la saciedad.

Anda, mira—giré la pantalla para que lo viera.

¡Qué detalle más bonito! Madre mía, pero Alejandra ¿Tú te has fijado en la buena pareja que hacéis?

Tuve un montón de años para fijarme, créeme.

Ya, mujer, pero la gente cambia. Yo no creo que él esté haciendo todo esto, y en su trabajo, si no tiene intenciones serias.

A mí es que la palabra Ken e intenciones serias en la misma frase, como que me cuesta...

Te muestras demasiado reacia, te lo digo yo...

Eso no te lo voy a negar, llama al primer paciente anda...

Coge la coraza, que a ver lo que nos depara hoy el destino...

Pues que no me toquen demasiado la moral que no está el horno para bollos—reí.

Pero no, aquella consulta resultó ser bastante más tranquila. A las diez, me fui a desayunar con Alejandra y la puse al día de todo.

De vuelta a mi consulta, decidí pasar por el despacho de Ken. No iba a negarme que tenía algo de ganas de verlo.

Hombre, lo más bonito del hospital—se levantó y me tomó las manos.

¡Ey, ey! Que te me vienes arriba...

¿Y te importa?

¿Por qué esa mirada tan penetrante? ¿Por qué tenía que ser tan interesante? ¿Por qué no me salía mandarlo a tomar por saco después de todo lo que me hizo?

Sí, sí, quiero que corra el aire—reí.

¿Y por qué no me lo termino de creer? —de nuevo esa sonrisa preciosa.

Porque siempre confiaste demasiado en ti mismo, pero ese es tu problema.

¿Mi problema? ¿Vas a decir que no te gusta mi seguridad? —me cogió por la cintura y me dio la risa.

¿Ves cómo ya hasta consigo hacerte reír?

Sí, pero no te confíes, que tienes tú mucha moral.

Siempre hicimos buena pareja y lo sabes, menudas fotos bonitas he recopilado...

Perfecta, hasta que te empeñaste en cargártela. No metas el dedo en la llaga que me entra una mala baba por dentro...

¿Qué puedo hacer para evitarlo?

Anda, anda, tira... Que tendrás mucho trabajo por hacer.

Y lo haré, no te quepa duda ¿Qué haces esta tarde?

Voy a ver a los chicos...

¿A tus amigos de la universidad?

Sí, estoy deseando pasar un rato con ellos.

¡Cielos! Mucho me temo que vais a quitarme las tiras de pellejo.

¿A ti? ¿Sigues pensando que eres el ombligo del mundo? —nuevas risas.

Si digo que lo vi venir miento. Lo único que sé es que, de repente, en aquel escenario, sus labios y los míos se fusionaron un segundo y no me salió apartarme. Alucinante, pero cierto.

Se ha quedado buen día—miré hacia la ventana, aguantando la risa. ¿Cómo demonios lo había hecho para no llevarse un bofetón bien dado?

Magnífico, un día magnífico y algo me dice que los que vienen van a ser todavía mejores.

Lo dicho, muy seguro estás tú.

Una semana, me he propuestos volver a enamorarte en una semana.

¡Pues suerte porque la vas a necesitar! —cerré la puerta y me fui con el buen sabor de aquel beso en los labios.

Terminé mi turno y salí enflechada. Había quedado para almorzar con mis amigos, los de la pandilla de la universidad, que solíamos reunirnos de vez en cuando...

Durante mis años de carrera, aunque yo era novia de Ken, hice gran amistad con una chica y dos chicos y en las horas lectivas éramos inseparables.

Mi amiga Susan era una preciosidad de piel de ébano y padres norteamericanos por la que todos los chicos perdían el norte y no era para menos. Decían que se parecía mucho a Naomi Campbell de joven y, como ella, también era todo un carácter, feminista y líder en cualquier revuelta estudiantil.

Luego estaba Javier, que tenía bastante menos carácter que Susan, por la que bebía los vientos, aunque nunca se lo hubiera dicho. Él era un verdadero amor de niño y todos lo adorábamos. Eso sí, yo no sabía cuándo diantres iba a reunir el valor para atacar a la leona, como él la llamaba por su aspecto fiero.

El último de la lista era el guaperas del grupo, Borja, que las traía a todas de calle y que era pijo hasta la saciedad. Cuando todavía los demás estábamos flipando por tener nuestro primer coche, él ya venía en un Audi descapotable a clase.

Llegué y ya estaban todos sentados, con la cervecita.

¿Soy la última pringada en llegar? —los abracé.

Nada de pringada nena, que lo bueno se hace esperar—me respondió Susan—Yo porque estaba deseando echarme una cervecita al gaznate que, si no, me hago de rogar.

No cambias, amiga.

Es que el día que lo haga, el mundo habrá perdido mucho.

Ahí te doy toda la razón, ¿y mis niños? ¿Qué contáis?

Pues ahí vamos, muy contento—la sonrisa de Javier lo decía todo.

A ver, él acababa de empezar a trabajar en el mismo hospital que Susan, ambos en un pueblo cercano, de modo que a la suerte de contar con trabajo unía la posibilidad de tenerla al lado cada día.

Bueno, yo luchando, ya sabéis la vida es muy dura—sonrió ampliamente el pijo de Borja, que tenía más cara que espalda.

Ese sí que tenía la vida solucionada. Resultaba que su padre era el director de la mejor clínica privada que había en la ciudad y él estaba llamado, cómo no, a ser el heredero. Todo un suertudo.

Sí, sí, imaginamos, salarios bajos y jornadas de trabajo interminables, puñetero.

Más o menos—era la monda el tío.

¿Y a ti? ¿Cómo te va ahora que ya tienes plaza? —se interesaron.

Muy bien, súper contenta y eso que no sabéis quién es mi jefe.

¡No me digas que el viejuno de tu ex! —soltó sin anestesia Susan.

¡No es un viejuno!

¿Ahora le defiendes?

No, no, ni de coña, pero que viejo no es.

Bueno, es que tú sabes, para mí, todos los que tengan más de dos años por encima de nosotras lo son.

Pero eso es porque tú eres una asaltacunas.

Hombre claro, ¡viejos a mí!

Nada, pues los yogurines para ti, a mí esos no me interesan.

Pues mejor, chica, así no nos hacemos la competencia.

Ni se me ocurriría, ¡cualquiera te hace la competencia a ti!

Anda, anda, no empieces.

Déjate de falsa modestia, jodida, que sigues teniéndolos a todos a tus pies—lo dije por Javier. Ese no iba a dar el paso en la vida.

Bueno, pues el que quiera que se lo curre.

Le di una patadita por debajo de la mesa a Javier y a él le salieron los colores. ¿Cuándo iba a espabilar?

Y cambiando de tema, así que al final has ido a caer bajos las órdenes de Ken. Increíble pero cierto, ¿cómo se comporta? —Borja activó el modo cotilla.

¿Y hace falta que ella te conteste? —interrumpió Susan.

Yo qué sé. Imagino, pero...

Ese va a saco Paco por nuestra amiga, ¿o me equivoco?

No, no te equivocas. Yo me quedé que si me pinchan no me sacan gota de sangre el primer día, pero ya me voy haciendo a la idea.

Normal, pero que no olvides lo que te hizo, Patricia—intervino Javier. Que te hemos visto sufrir mucho por su culpa.

Me voy a olvidar de eso antes de ayer por la mañana, no te preocupes...—lo dije muy decidida, pero el caso es que un rato antes nos habíamos dado un ligero beso. Si mis amigos lo hubieran sabido en ese momento, me fusilan... Y es que era para matarme, sí que lo era...

Tía, tú vales cantidad y no te hace falta ese para nada, por muy jefe que sea—Borja al ataque.

Tú sabes que, a mí, el hecho de que sea jefe me importa un auténtico comino...

Pues anda que no hay jefazos que darían un riñón por estar contigo—añadió.

Y dale con lo de los jefazos, ¿pero desde cuándo soy yo interesada, puñetero? —le tiré con una servilleta con la que hice una bola.

Di que sí, que nosotras no nos vendemos, nena—buena era Susan, ya le iba a saltar a la yugular.

Entre Susan y Borja siempre había habido una especie de tira y afloja que algunos calificaban como una tensión sexual que yo creo que jamás resolvieron por no herir la sensibilidad de Javier, porque realmente lo suyo no hubiera ido más allá de un polvo.

Vale, vale, ya sabéis que me encanta buscaros. ¿Sabéis? Me estaba planteando que en alguna ocasión podíamos hacer un viaje todos juntos, como el que hicimos de fin de carrera—propuso Borja.

Ya, estaría muy bien, lo malo es coincidir en las vacaciones—a Susan le había gustado la idea.

Joder, tampoco es tan difícil, cuestión de ponernos de acuerdo y punto.

Ya, ya, como tú solo tienes que subir al despacho de tu padre y decírselo, o mejor todavía, esperar a la hora del almuerzo y ya. Eso sí, los demás dependemos de nuestros jefes.

¿Me lo dices o me lo cuentas? —reí.

¡Eh, eh! Un respeto, ¿qué es eso de la hora de almorzar con mi padre? Yo ya me he independizado, chavales...

¡No jodas! ¿Volaste del nido familiar de oro? —reí.

Guasita tenéis los tres conmigo. Sí, ¿sabéis esa urbanización nueva que están haciendo en la rotonda en la que todos van a andar?

Sí, la de las terrazas tan bonitas.

Pues me comprado un ático dúplex...

¡No! ¿Los de las terrazas más grandes? —me puse la mano en la boca— ¡Dios mío, son un sueño!

Hombre, tanto como un sueño no, aquí tengo la llave...

La madre que te parió, anda que no te gusta nada ponernos los dientes largos. Yo cada vez que paso para trabajar veo las terrazas esas y me quedo loca—le conté.

Pues nada, cuando queráis, barbacoa al canto, además así os presento a mi chica.

¿Tienes una chica? Madre mía, anda que nos lo habías contado—Susan atacando.

¡Si no nos vemos! Sí, es la dentista de mi urbanización. El otro día bajé porque sentía una molestia en un diente.

¡Y te la tiraste! —ella era brutísima.

No, ¡cómo me la iba a tirar en su clínica!

Mira, que cosas peores has hecho.

Nada de eso, no seas bestia, me la tiré más tarde en mi piso.

Pero ¿en el mismo día? Yo es que alucino—Javier quería ser de mayor como Borja.

Pues claro que en el mismo día, pero que aquello no fue solo sexo, fue amor—rio.

Mira, guapito de cara, en amor se habrá convertido después, pero ese día era sexo como Dios pintó a Perico, ¿no te jode! —le espetó Susan.

Bueno, a ver, teníamos que estar seguros de que lo nuestro iba a marchar—se tiró hacia atrás en la silla.

Mí ídolo, eres mi ídolo—Javier se santiguaba.

Si es que te lo tengo dicho Javierecito, que los trenes solo pasan una vez en la vida...

Bueno, querrás decir una vez cada tren, ¿no? Porque tú te enganchas a todo el que pase—reí.

Bueno, es que igual a mí me cogen muchas estaciones de paso, pero esta vez voy a sentar la cabeza.

Las narices es lo que vas a sentar tú, a ver si te crees que los demás nos chupamos el dedo —Susan era implacable.

Qué poca fe tenéis, tres semanas llevo ya con ella. He batido mi récord, eso quiere decir algo...

Sí, que te quedan ya dos telediarios, eso es lo que quiere decir—casi coreamos todos.

Esta vez os vais a tragar vuestras palabras, ya lo veréis— a él le iba la marcha....

Por cierto, ¿os habéis enterado de lo de Mario? —cambió de tercio Susan.

Mario, ¿Mario?

Claro, qué Mario iba a ser si no, Mario voy a la iglesia todos los domingos, él que tenía problemas hasta para mirar un cuerpo desnudo en clase de Anatomía.

Susan se enteraba de todos los cotilleos...

Yo no me he enterado de nada, es que estoy súper desconectada de la gente. Primero con las oposiciones y luego con el trabajo.

Sí, sí, pero tú tienes que volver al mundo que veo muy perdida. Pues el caso es que el bueno de Mario, el cortadito, ha salido del armario por la puerta grande.

¿Mario gay? ¡Es una trola!

¿Una trola? El otro día salí yo con mi amiga Marián y terminamos en un pub de ambiente.

¿Tú vas a pubs de ambiente? —la cara de Javier era para enmarcarla.

Todo el mundo va a pubs de ambiente, Javier, menos tú. Son de lo más divertidos y no te comen ni nada, ¿qué te has creído? —Susan por poco lo araña.

Yo que sé, es que nunca he estado en ninguno...

Pues calla y escucha, que el asunto fue que me encontré allí a Mario con Quintín...

¿Con Quintín el profe de Inmunología? ¿Tú estás segura? —yo es que lo flipaba.

A ver que yo llevaba unas pocas de copas, pero que no estoy gilipollas, que sé muy bien lo que vi y que estaban allí a brazo partido los dos.

¡No jodas! —Javier iba entrando en trance por momentos.

Javierito, vamos a tener que ponerte en el mundo, que no espabilas. Un día de estos quedaremos todos con idea de salir por un pub de ambiente para que veas que la gente allí ni muerde ni nada, a no ser que tú quieras, claro—ya lo estaba poniendo nervioso Borja.

No, no, no hace falta. Id vosotros y me lo contáis, que yo os creo—reía.

De eso nada, la próxima vez que yo vaya con Marián te aviso y te vienes de cabeza...—Susan estaba convencida.

¡No y no! Que con mi suerte...

La suerte hay que buscarla un poquito, Javier—lo miré.

Ya, ya, pero vamos a tener la fiesta en paz que a mí no se me ha perdido nada en un sitio de esos.

Mis amigos no podían ser más distintos, pero tampoco más adorables. Todos nos entendíamos con solo mirarnos y habíamos pasado años de mucha unión, de modo que daba igual el tiempo que pasáramos sin vernos, pues nos pasábamos el parte de todo y ya.

Oye Patri, nos tienes que ir poniendo al día de cómo van las cosas con Ken...—me dio dos besos Borja para despedirse.

Mira, mira, déjame de gaitas. Tú ocúpate de tu dentista que ahora nosotros vamos a hacer una porra de cuánto te va a durar...

Os aviso para la barbacoa y os voy a dejar alucinados, allí va a estar ella.

¿Y quién nos garantiza a nosotros que es la misma?

Os enseño una foto para que veáis que no hay ni trampa ni cartón. Esta vez os vais a tener que tragar vuestras palabras...

Capítulo 10



Conforme avanzaba la semana tenía que reconocer que me levantaba más contenta. Ya le había pillado el truquillo a la consulta y pensar en qué me tendría preparado Ken me intrigaba enormemente.

Aquella mañana se me olvidó el móvil en casa y tuve que volverme, de modo que llegué al hospital más tarde que de costumbre.

¡Ya estaba pensando que te hubiera secuestrado el jefe! —rio Alejandra.

Mujer, que no es un troglodita...

Ya, ya, pero al no veros a ninguno a esta hora...

¿Tampoco ha llegado?

No, por eso pensé que igual estabais juntos.

¡A mí que me registren! Aunque te voy a confesar una cosa...

Cuenta por Dios, dame una alegría mañanera.

Ayer nos besamos en su despacho, fue algo muy raro, duró un segundo y no le partí la cabeza ni nada, por extraño que te resulte—le comenté en voz baja.

¿Os besasteis? —subió el tono.

¡Maldición! La voz de Ken por detrás de nosotras.

¿Os besasteis? —preguntó él con retintín, repitiendo las palabras de Alejandra.

Morada, roja, corinto... Mi cara debió adquirir tonas las tonalidades posibles. ¡Yo me cagaba en todo lo que se meneaba!

Buenos días, jefe—el rostro de Alejandra también reflejaba el máximo de los apuros.

Buenos días, Alejandra y buenos días, Patricia—su risita era de felicidad total. ¿Puedes luego...?

¿Pasarme por tu despacho? Claro...

Eso mismo.

Por fin lo perdimos de vista.

¡Te mato, yo a ti te mato, insensata!

Lo siento, de veras que lo siento, yo creí que me iban a reventar los mofletes del calor que me ha entrado...

Pues imagina a mí.

A las nueve faltaron dos pacientes e hice un salto para colarme en el despacho de Ken.

¡Desde ya te digo que ni se te ocurra reprocharme lo que ha pasado antes! Tú estás dando pie con las flores y demás a que ella lo sepa y después no pare de preguntarme.

¿Y quién te dice que vaya a reprocharte nada? Me encanta que lo nuestro se sepa, yo no voy a esconder absolutamente nada. Es más, estoy deseando gritarlo a los cuatro vientos.

¿Lo nuestro? ¿Me he perdido algo? Tú estás totalmente majara— miré para los lados

como si hubiera alguien más allí...

No te hagas la tonta, anda. Si le has contado lo del beso es porque también para ti significó algo.

Ya te dije que antes me acuesto contigo que volver—advertí con el dedo.

Y yo te digo que ese es un plato muy apetecible, pero no es mi fin. Te quiero a ti y no solo a tu cuerpo, que también, claro...

Hombre, solo faltaba que no te pusiera—reí.

Tú a mí me pones hasta con una escafandra de buzo por encima, fíjate.

A zalamero no había quien lo ganara y es que el jodido lo tenía todo, porque siempre hizo gala de un piquito de oro que vaya...

Tengo una cosita para ti—me tomó la mano.

Huy, te has puesto muy serio...

No, lo que pasa es que es un detalle que para mí significa mucho...

¿En serio? —de nuevo mi intriga.

Creo que la reconocerás, no es la original, pero la he mandado hacer lo más parecida posible.

No entiendo...

Sacó una caja de joyería de uno de los cajones de su mesa y entonces sí que lo entendí.

¡Es idéntica! —el vello se me erizó.

Sé que te disgustaste mucho cuando perdiste la tuya y pensé que quizás te gustaría tener esta. No te pido que te la pongas, solo que la conserves.

Resulta que cuando empezamos a salir y yo solo era una cría, Ken me regaló una pulsera de plata que llevaba nuestros nombres grabados por dentro. Poco tiempo antes de romper, se me perdió y aquello fue como un designio, porque a nuestra relación le quedaban dos telediarios.

Gracias, es un gesto muy bonito—por un instante se me olvidó lo malo que habíamos vivido en los últimos tiempos ¡Me estaba comiendo el terreno!

¿Te la vas a poner? —se quedó flipado cuando vio que la coloqué en mi muñeca.

Sí, al fin y al cabo, nuestros nombres no se ven y yo me quedo con el gesto que has tenido hoy, no con lo que significó aquella pulsera para mí en el pasado.

No lo esperaba, un millón de gracias.

Vale, pero esto porque me has cogido en un buen día, ¿eh? No te hagas ilusiones. La acepto como la aceptaría de un buen amigo. No vayas a pensar nada raro o te vas a llevar un chasco.

Lo sé y te lo agradezco infinitamente.

Esta vez sí lo vi venir. Sus manos en mi cintura y me acercó peligrosamente a mí para darme un beso, que duró otro segundo.

Tengo que volver a trabajar— reí mientras me separaba de él.

Venga, que me han dicho que tu jefe es un sieso de mucho cuidado...

No, sieso no es, más bien, cómo te diría, es que siempre se lo montó muy bien, demasiado

bien... Digamos que es un listillo—me salió la ironía.

¿Crees de verdad que fui listo? —un cierto tono de amargura dominó su voz.

Bueno más bien pienso que fuiste muy tonto porque chaval, está mal que yo lo diga, pero mataste la gallina de los huevos de oro para ver lo que tenía dentro. Y ahora, a pagar las consecuencias.

Eso mismo pienso yo. Quiero compensarte y voy a hacerte una propuesta. No necesito que me contestes ahora, pero dime que al menos lo pensarás.

Vale, dispara, ya veremos.

Pasa conmigo el fin de semana. Yo lo organizo todo, busco algún destino magnífico y te lo sirvo todo en bandeja, solo para que tú lo disfrutes.

¿Un fin de semana entero contigo? Yo creo que tú quieres pervertirme, estás un poco chalado.

¿Pervertirme? Sabes que quiero enamorarte.

No sé, no sé, a mí todo esto me huele a chamusquina.

No seas mal pensado. Ya te he dicho que no necesito que me contestes hoy. Piénsalo y ya mañana me dices algo.

Bueno, pero no te prometo nada. Ni se te ocurra presionarme que te mando a freír espárragos y no te miro más.

Cero presiones, con solo pensarlo ya me estás haciendo un regalo. Y yo te aseguro que después de ese fin de semana voy a respetar tu decisión. Si quieres que te deje en paz lo haré y si quieres quedarte conmigo, me harás el hombre más feliz sobre la faz de la

Tierra.

Salí de su despacho atraída por aquella idea que molaba bastante. ¿Molaba? Definitivamente se me había ido la pinza.

¿Y esa pulsera? —a Alejandra se le salían los ojos de las órbitas.

¿Tú tienes ojos o rayos láseres?

A ver, tampoco hace falta ser Sherlock Holmes, doctora, tú no la tenías antes...

Le conté la historia de la pulsera y ella se quedó embobada.

A mí me hace eso y salgo como una bala hoy del turno para ir a coger fecha de boda.

¿De boda? Anda, no me hagas reír.

¿Nunca hablasteis de casaros durante aquellos años?

Sí, claro, entonces muchas veces.

¿Y no te casarías con él si te demuestra que ha cambiado?

Pero bueno, tú cabeza va muy, muy deprisa, a la velocidad de la luz diría yo.

Más o menos, pero es que yo lo veo y vuestra foto de novios pegada en las paredes del hospital...

Sí, sí, podemos hacer pliegos de papel para las paredes de todas las consultas con nuestra foto...

Eso y empapelarlas con ellos...

Avisé a Carmen y le dije que necesitaba comer con ella a la salida del turno.

Dime que te ha pasado algo emocionante—su sonrisita mientras avanzaba hacia mí y nos dábamos dos besos no tenía precio.

Sí, Ken me ha propuesto pasar el fin de semana juntos para que decida si quiero o no darle una oportunidad.

¿Y vas a ir?

Yo creo que sí. Debo ser masoquista, pero me pone la idea.

Yo creo, yo creo...ve. Tenemos que deshacer este entuerto, así no podemos estar.

Pero tampoco podemos fiarnos como dos memas, que estos nos la han dado ya con queso demasiadas veces.

¿Y qué ganan ya con eso? Yo digo que les demos un voto de confianza.

Vale, pero ir el fin de semana con él no quiere decir quedármelo ya y punto. Ni de coña, vamos.

No, quiere decir daros un buen puñado de revolcones y ver hasta qué punto donde hubo fuego quedan rescoldos.

Rescoldos quedan seguros, por no decir llamas de dos metros, porque me ha dado un par de besos fugaces en su despacho y a mí es que me ha entrado una cosa por el cuerpo que no veas.

¿Te ha besado un par de veces? Me estoy quedando atrás...

Es que yo juego con ventaja, lo tengo en mi trabajo... Y sí, no me preguntes cómo no le he abierto la cabeza para ver el serrín que tenía dentro, pero no lo he hecho.

Eso es verdad. Lo que me faltaba a mí, como tenemos poco con la jefa, aunque tengo notición, en un par de meses la trasladan.

¡Genial! No veas si me alegro.

Y yo, y yo, que ya es hora de que las cosas nos vayan saliendo bien.

Entonces, ¿qué? ¿Me voy con él de finde?

No, mejor te quedas haciendo crochet, ¡no te jode!

Ya, ¿dónde me llevará?

Pues tía, ahora está por la labor de currárselo, seguro que a un sitio guay.

¿Y tú? ¿Qué sabes de Miguel?

Pues que anoche volvimos a cenar juntos y lo noté de lo más acaramelado.

¿Sí? Anda que me lo habías contado también.

Sí, de vuelta me cogió por la cintura y yo creo que me hubiera besado en mi portal, pero salí corriendo para dejarlo con las ganas.

¡Ahí, ahí!

Claro, así que otro día tendrá que ser más rapidito.

Ese te dice de ir por ahí el fin de semana también seguro.

¿Tanto? ¿Tú crees?

Yo creo que sí, en cuanto Ken le diga que yo he aceptado.

Vale, puede ser. Miguel siempre ha ido a remolque de su amigo, Ken es más decidido y suele llevar la delantera.

Claro que sí, por eso me puso los cuernos antes—me partí de risa.

Eso que sepamos, porque vaya tela...

Ganas nos quedan de seguir juntándonos con estos dos piezas...

Mujer, pero que yo los veo muy reformaditos...

Yo no tengo tanta fe como tú.

¿Nos vamos luego a comprarnos ropa interior chula por si acaso?

Hombre, eso está cantado. Pase lo que pase con estos dos, los tenemos que dejar con la boca abierta.

Y así fue. Almorzamos mientras le contaba a mi amiga lo de la pulsera y luego nos fuimos a darle un poco de uso a la tarjeta a la tienda de ropa interior de mi amiga Rebeca.

Por lo que estáis cogiendo, yo apuesto a que tenéis nuevos chicos a la vista—lo envolvía todo con cuidado.

Bueno, nuevos, nuevos, según se mire—nos echamos a reír las dos a la vez y le explicamos.

Mirad, que nunca se sabe. Acordaos que yo estuve separada de Salva cuando nació mi hija India, que me puso los tarros bien, no sé cómo no me salió la niña por la boca...

Es verdad, tú ya de eso has hecho un máster ¿Qué nos aconsejas?

Es que yo creo que no hay ni que aconsejar, si os buscan es porque les conviene. A ninguno de los dos los están obligando. Y otra cosa, Salva come de mi mano desde que reconoció la metedura de pata, vamos que hasta creo que me compensó—se reía.

¿Sí? Y tanto, con decirnos que no ha vuelto a salir con sus amigos ni una sola noche y eso que ahora soy yo la que lo hago cuando me da la punzada.

¡Ole tus narices!

Sí, sí, se queda con la niña y abrazados en el sofá me los encuentro cuando llego, los dos fritos.

Mira, bueno es saberlo...

Sí, chicas. A veces estas cosas sirven para recapacitar. Aquí tenéis.

Nos despedimos de ella y salimos comentando el caso.

Yo lo que digo es que cada uno es cada uno y lo mismo estos nuestros no llegan a ese nivel en la vida, pero que nos quiten lo que vamos a bailar el fin de semana...

Y a follar, ya lo verás—me guiñó el ojo Carmen antes de que la perdiera de vista.

Capítulo 11



Jueves y un sol espléndido. La semana marchaba viento en popa y yo conocía a alguien que tendría que estar subiéndose por las paredes por no saber la decisión que había tomado ¡Cuántas vueltas daba la vida!

Llegué al hospital y allí estaba, como era previsible, Alejandra, cigarro en mano.

Te veo muy contenta, solo te falta silbar.

Pues mira sí, me he adaptado muy bien a mi puesto de trabajo, te he conocido a ti, que te has convertido en mi mano derecha, luce el sol, se acerca el fin de semana....

Ya, y el jefe, ese también se acerca, porque cada día está más cerquita de ti.

Mira, no te voy a negar que me está tocando la fibra sensible, pero todavía tiene muchas cosas que demostrar. Vamos, que ni se le ocurra cantar victoria tan pronto.

Bueno, pero también tendrás que dejarle que te demuestre, porque si lo mantienes en cuarentena, no le pones las cosas precisamente fáciles.

Ya, ya... Estoy pensando en darle una oportunidad este fin de semana. Pero para firmar la pipa de la paz, nada más. Yo no lo quiero como pareja.

¿Y eso?

Ayer me ofreció la posibilidad de que lo pasáramos juntos, en algún rincón romántico.

¡Eso no me lo contaste!

Claro, es que yo te voy dosificando la información, para que siempre tengas tu dosis—reí.

Vaya, vaya. Irás, ¿no?

Iré, iré...pero eso no quiere decir nada—advertí con el dedo.

Claro y yo nací ayer.

Subimos a la consulta y no tardó en llegarme un WhatsApp de Ken diciéndome que fuera a su despacho más tarde, que tenía un chocomensaje para mí.

¿Sabes qué demonios es un chocomensaje? —le pregunté a Alejandra.

Ainss, ¿el jefe tiene uno para ti? Yo es que flipo...

Eso parece, pero ¿qué es?

Es un mensaje que se pone en una tabla y cada letra está representada en una onza de chocolate.

¡Pues sí que tiene este hombre dulce la mañana!

¡Madre mía! Si es que es un amor, merece que le des una oportunidad...

Vamos al lío, anda. Llama al primer paciente.

Es Kevin con su mamá, vas a morir de amor con ellos, desde ya te lo digo.

¿Y eso?

Es un bebé de dos años que adoptó ella después de conocerlo en un conflicto bélico. Es

corresponsal de guerra y el peque se acababa de quedar huérfano. Es precioso.

Pero bueno, ¡qué niño más guapo! —dije al verlo con esa sonrisita y su impresionante pelo afro.

Mi mamá también es guapa—se rio—Y tú, y ella—nos señaló a Alejandra y a mí.

Vaya, vaya, guapo y adulador—le acaricié la mejilla.

No lo sabes tú bien y habla más que Castelar—me contó su madre.

Cuando se fueron se me quedó muy buen sabor de boca ¡Casi igual que con otras petardas de madres! Bien se notaba en ellos que sabían lo afortunados que eran por poder estar juntos y en una sociedad como la nuestra.

A las diez paramos para el desayuno y en la cafetería estaba Ken hablando con el director del hospital. Nos saludó desde lejos y me hizo una seña como recordándome que tenía una visita pendiente.

Es flipante, estaba desayunando y hablando, pero a ti no te quitaba ojo de encima—me contaba Alejandra mientras salíamos a fumarnos un cigarrillo a la puerta.

Sí, algo me miraba.

¿Mirarte? Te taladraba con esos ojazos que tiene ¿Sabes que vas a ser la mujer más odiada de todo el hospital?

Ya veremos, no vendas la piel del oso antes de cazarlo.

En eso se está convirtiendo Ken contigo, en un osito amoroso.

Pues créeme que yo lo he visto cuando era un zorro astuto y ahora me cuesta.

Mujer, si te vas a ir de finde con él tienes desde ya que cambiar el chip. Y tener claro que va a haber sexo.

Eso último sí lo tengo claro, hasta he hecho algunas compras ayer—le guiñé el ojo.

Vamos, es que el tío es como para quedarse jugando al parchís con él toda la noche.

No, no, créeme que él no ha sido nunca de parchís. Vamos, que no era de los que se comían una y contaban veinte, sino más bien todo lo contrario...

Le das una caña que es una pasada. Tiene que estar loquito por tus huesos porque no tiene ninguna necesidad de aguantar y lo sabes.

Lo sé, lo sé, que demuestre...

¿Sabes? Pues yo ese fin de semana voy a la boda de una prima mía que siempre ha sido una cabra loca.

¿Sí?

Sí esta ha probado de todo y de los dos sexos, fijate. Dice que las tontas somos las demás, que hasta que no pruebas de todo no tienes criterio.

Quita, quita, que a mí no me hace falta tener tanto criterio. Yo tengo claro lo que me gusta.

Y yo también, pero mi prima está de lo más zumbada. Y al final, cuando menos lo esperamos, va y se casa, pero no te lo pierdas...

¿Qué?

Que no sabemos con quién.

¡No! —me puse las manos en la boca—No he escuchado una cosa igual en mi vida.

Sí, es que ella es de lo más original y nadie sabe quién es su pareja, porque llevan un año y lo ha mantenido en secreto.

¡Toma ya!

Sí, sí, vamos que no sabemos si se casa con una mujer de cincuenta o con un chico de veinte. Lo vamos a descubrir *in situ* en el ayuntamiento.

Mira, desde luego que es lo más increíble que he escuchado en mi vida en boda.

Sí, sí, te puedes imaginar. Mi tía, que es de lo más convencional, está que trina.

¿Es su madre?

Sí, pero a mi prima le importa un comino, no suelta prenda.

Chica, qué familia más curiosa tienes.

Sí, sí, para que veas que en todos los lados cuecen habas y que lo que hoy es blanco, mañana puede ser negro.

Visto así... Bueno, pues ya me contarás quién es el elegido o la elegida...

Subimos para la consulta y un rato después aproveché para salir al despacho de Ken.

¿Querías verme? —me hice la tonta.

No, no es que quisiera. Es que estaba deseando verte.

Pues ya me tienes aquí, tú dirás.

No, dirás tú.

¿De qué?

Eres rematadamente mala conmigo.

No sé de qué me hablas, vas a tener que ser más explícito.

No me hagas rabiar, anda. ¿Has pensado en lo del finde?

Sí, sí, que lo he pensado.

¿Y?

Que lo he pensado sí, ¿estás sordo?

No, estoy loco, loco por ti. Y no seas perversa, ¿qué has pensado?

Bueno que, por alguna razón que no alcanzo a entender, me has cogido de buenas y voy a ir contigo.

¡Bien! —hizo un gesto con sus manos.

Eso sí, ya sabes que no quiere decir absolutamente nada.

Un poquito sí quiere decir, que al menos vas a darme la oportunidad de demostrarte que he cambiado.

No es fácil ver eso en un solo fin de semana y ahora dime, ¿qué es eso del chocomensaje?

Ah sí, aquí lo tienes.

Sacó la tablita y pude leer en letras de chocolate *“Gracias por regalarme el primero de un millón de nuevos fines de semana en común”*.

Es muy bonito, pero tú tienes demasiadas esperanzas. No me vas a ganar con un poco de chocolate.

Es que la esperanza es lo último que se pierde. Mira, había escrito este mensaje de agradecimiento con la de podértelo ofrecer y así ha sido.

Bueno, anda, me voy a ir, que me va a echar la bronca mi jefe por escaqueada.

Toma una, que quiero un beso dulce—acercó una de las letras de chocolate a mis labios y otra a los suyos.

Mientras degustábamos esas delicias, ambos pudimos notar esa tensión sexual tan intensa que se podía cortar con un cuchillo, tras lo cual me dio el esperado beso y salí zumbando de allí.

Al mediodía me fui para casa con la sonrisa en la cara. Blas se había quedado a comer en casa de Martina y mi madre estaba sola, pues mi padre seguía en el estudio.

Te veo más feliz ahora de lo que te he visto en el último año, mi niña—me besó.

Sí mami, estoy muy contenta. Todo va sobre ruedas y me voy a ir a pasar el fin de semana con Ken. Eso sí, no las tengo todas conmigo... Nos vamos por enterrar el hacha de guerra.

Ni las tendrás hasta que no le des la oportunidad de acercarse más. Ya sabes que tu padre es muy intuitivo y el otro día me decía que sus palabras le habían sonado de lo más sinceras.

¿Y no será porque siempre le gustó Ken para mí? Porque yo no me fio...

No, hija, porque lo mismo que le gustó, después le disgustó y nadie mejor que tú para saberlo.

Eso es cierto, hubo una época en la que era complicado hasta hablar de él en casa...

Sí, a tu padre le dolió mucho que él actuara así con la niña de sus ojos, que eres tú, pero también lo ve ahora totalmente arrepentido.

Oye, ¿y si tú y yo nos vamos por ahí y pasamos una tarde de chicas?

Bueno, eso me parece fenomenal. Además, así aprovecho para comprarme un vestido, que el mes que viene es nuestro aniversario de bodas.

¡Qué romántico, mami! Esa noche me quedo con Blas y os vais de cenita.

Vale, cariño.

Salimos de lo más contentas y recorrimos varias tiendas hasta que dimos con el vestido ideal para mi madre.

Mami, es una auténtica preciosidad, papá va a flipar. Ese es el tuyo.

Hija, pues si no tienes duda, me lo llevo.

No, te lo regalo yo.

¿Cómo va a ser? ¿Estás de broma?

No, mamá. Por fin tengo un sueldo en condiciones y me hace muchísima ilusión regalártelo, así que ni se te ocurra decir que no.

Bueno, hija, pues entonces no hay nada que decir...

Nos prepararon el vestido y nos lo llevamos. De allí nos fuimos a una terraza donde merendamos las dos tranquilamente, haciéndonos confidencias entre risas y bromas.

A la vuelta pasamos por Blas y nos fuimos para casa.

Mamá, subo a hacer la maleta para el finde. Por la mañana me la llevo preparada al hospital.

¿Y qué vas a echar? ¿Dónde vais?

Ni idea, eso es lo mejor. Ya sabes que Ken en ese sentido es de lo más sorprendente. Bueno, en ese y en todos, que bien helada me dejó en el pasado.

Si te vas a ir con él, ya tienes que dejar eso aparte, hija. Hay que mirar para adelante.

Pero no es tan fácil, mamá. Para ti sí, porque papá no te falló nunca, pero ¿y si lo hubiera hecho?

Pues o lo hubiera dejado para siempre o perdonado del todo, pero a medias no.

Ya, en eso tienes razón, lo que pasa es que me cuesta.

Lo sé cariño, pero tienes que empezar a mirar la situación desde otra óptica, ¡está loco por hacerte feliz!

Gracias, mami.

Subí a mi dormitorio con la ilusión de hacer la maleta que me llevaría a un fin de semana que, lo reconociera o no, me causaba gran expectación y un inusitado revoloteo de mariposas en el estómago. ¡Sería imbécil!

Al acostarme, recordé lo dulce del beso que nos habíamos dado esa mañana en el despacho de un Ken que no parecía ser el mismo, pero me costaba muchísimo creer que pudiera haber cambiado de verdad.

Capítulo 12



Esa mañana fui en taxi a trabajar con mi bolsa de fin de semana lista para marcharme con Ken ¡Quién me lo iba a decir!

Estaba nerviosa. Por un lado, dispuesta a dejar llevarme por la situación que se me diera, por otro lado, quería decir ¡Basta! No volverme a doblegar ante un hombre que en el pasado no miró lo más absoluto por mí y me dejó a un lado mientras él se iba a vivir sus propias aventuras paralelas.

Alejandra al verme se echó a reír.

— Doctora, el jefe vino más sonriente de lo habitual, casi que escupía corazones por su boca.

— Eres lo más exagerado que he conocido en mi vida ¡Petarda! — me encendí un cigarrillo.

— Si yo petarda y tú vas a venir del fin de semana directa a ecografía.

— ¡Anda, anda! — negué resoplando.

— ¿Y qué echaste en esa bolsa?

— Pues ropa, no voy a echar comida — hice un gesto como para pegarle y se rio.

— Bueno, yo qué sé, lo mismo eres de las que les van los juegos eróticos.

— Pues puede, pero vamos que de eso no te vas a enterar tú — arqueé la ceja.

En ese momento apareció Ken que estaba dentro del hospital, ya que entró un rato antes.

— Buenos días, chicas — sonrió y me hizo un gesto para que le diera la bolsa.

— ¿Me la vas a registrar?

— No — rio negando — la llevo para el maletero de mi coche que lo tengo aparcado cerca, así evito que cargues con ella toda la mañana.

— No la pensaba llevar encima — volteé los ojos mientras se iba con ella.

— Es atento y todo — dijo mirándome con asombro Alejandra.

— Más le vale, pues la que le espera...

— No seas mala, se lo está currando — me echó el humo en la cara.

— Eso no es nada para lo que se lo tendría que currar — negué mientras apartaba el humo con la mano.

— Pobrecito, hija, ya quisiéramos muchas — negaba mirándome con cara de asco.

Y era consciente de ello. Sabía que muchas de las enfermeras de la planta suspiraban por Ken, pero parecía que a él le tiraba su pasado, le tiraba yo. A pesar de que había sido un mujeriego, ahora presumía de haber aprendido de sus errores.

La mañana transcurrió con rapidez y al jefe no me lo volví a cruzar hasta la hora de la salida. Quizás era porque como sabía que iba a pasar el fin de semana conmigo, pues no luchaba por coincidir ¡Cinco puntos menos!

Bajé con Alejandra al finalizar la jornada a fumarnos un cigarro y ahí esperaríamos a Ken.

— Te juro que te envidio como una cochina — sacó dos cigarrillos.

— Hay que ser tonta del culo como yo para irme con él después de lo que me hizo — negué volteando los ojos.

— Pero si estás disfrutando con esto, nada más hay que verte la cara ¡Ains! Si te lo vas a pasar pipa.

No podía negar que lo estaba deseando por momentos, lo que significó para mi Ken fue demasiado y tenía que rendirme a la evidencia del dicho de que donde hubo fuego quedan rescoldos...

No tardó en aparecer arqueando la ceja por los cigarrillos, Alexandra dijo del tirón que se iba, parecía que había visto al mismísimo diablo.

Nos fuimos hacia el coche y él llevaba una sonrisa que no podía con ella.

— ¿Qué te pasa? — pregunté con gesto de cara incluido, por esa sonrisa que no se le borraba de la cara.

— Nada, nada — me abrió la puerta del copiloto.

— Bueno, esa risa debe ser por algo...

— Me alegra que estés aquí — respondió cuando se sentó en la parte del conductor.

— Todavía me puedo ir — dije con chulería.

— No te lo permitiría — me dio un apretón en la entrepierna y casi me quedo sin respiración.

— Ejem, ejem — miré hacia su mano e hizo caso omiso, seguía conduciendo con la otra y esa sobre mi pierna.

— ¿Ropa cómoda?

— Un poco de todo ¿Me vas a decir hacia dónde vamos?

— A navegar en un yate...

— ¡Venga ya! — reí. Conociéndolo no lo veía alquilando uno y encerrándose el fin de semana.

— ¿Dónde te gustaría ir?

— Pues imagino que ahora mismo por mucho que digas no voy a cambiar tus planes, pero vamos espero que me den de comer rápido que tengo mucha hambre.

Paró un poco después en un área de servicio donde tomamos un refresco con un plato combinado que pedimos cada uno. Por supuesto cuando fuimos a pagar a la barra... ¡Me robó otro beso!

— Me estás robando más besos de los que te mereces — dije andando detrás de él y negando.

— No, para nada, el problema es que me provocas — abrió la puerta de mi parte.

— ¿Yo? Ese es tu problema y la de tu mente calenturienta.

— Bueno, bueno, ahora la culpa será mía — cerró la puerta.

Se montó y arrancó sin dejar de mirarme de reojo aguantando la risa.

— Sé todo lo que estás pensando y créeme que te vas a comer un mojón.

— ¿Así, sin anestesia?

— No, espera, ahora te doy un pinchacito — volteé los ojos y dejé caer mi cabeza sobre la mano que estaba apoyada en la ventanilla.

— Vas a la yugular, eres mala.

— No seré muy mala cuando te has permitido el lujo de seguirme como un perro para traerme el fin de semana.

— No creo que lo veas de esa manera... — carraspeó.

— Lo veo peor, el problema es que no quiero ser tan cruel.

— Luego no eres la mala — rio.

— Oye, por cierto, vas camino hacia la sierra...

— ¡No me digas!

— ¡Estúpido! — reí.

Y claro que íbamos hacia la sierra, a una cabaña preciosa en un marco inmejorable ¡Una pasada!

Entramos y abrí una botella de vino, nos sentamos en la entrada de la casa que estaba en alto y tenía un porche, pero sentados sobre el suelo mirando la estampa.

Por la tarde nos bebimos dos botellas y llegamos a la cena entre besos desbordados por esa pasión que llevábamos tiempo conteniendo, así que preparamos la cena y tras ella terminamos en la habitación buscando eso que esperábamos con ansia.

Ni siquiera lo vi venir, en el sexo Ken era sutil y sigiloso como un animal hambriento que se bate como su presa.

Ummm—gemí.

Me gustan tus gemidos.

No me digas, no me había dado cuenta—se puso frente a mí y comenzó a darme apasionados besos.

Caímos los dos de espaldas en la mullida cama. Su mirada penetrando la mía y obvio que no iba a ser con lo único que me penetrara.

Con una maniobra maestra y apenas en un segundo ya había quitado mi blusa. La excitación contenida en su gesto mientras miraba mis senos, todavía apresados en el sujetador, no dejaba lugar a dudas. Se sentó y me incorporó también, exponiéndome ante él.

Pude notar que mi delicada lencería era de su total gusto. El sujetador negro *balconette* realzaba mi busto. Era una auténtica preciosidad con unos pequeños encajes que le otorgaban gran vistosidad. De sobra sabía de qué pie cojeaba Ken en tan íntimo terreno.

Pese a eso y, como era de esperar, no me duró demasiado tiempo puesto. El justo para recrear su vista y comprobar que seguíamos teniendo *feeling* hasta para regalarle al otro la vista.

Mejor así—soltó el aire cuando los dejó al aire—sus manos sobre ellos, su lengua comenzando a recorrerlos, mi respiración agitada...

Mucho mejor—me eché hacia atrás dejando mi melena al aire, me sentía una diosa.

¿Qué tenía Ken para hacer que en sus manos me sintiera así? La química brotaba entre nosotros a borbotones, mis piernas temblaban por las ganas contenidas. Su escultural cuerpo sacaba mis más bajos instintos y es que perderme en él solo podía definirse con un término: locura.

Quemas—le saqué la lengua.

Me pones a hervir enterito—rio.

Ya veo, ya mismo vas a entrar en ebullición. Pareces un cazo y no veas cómo tienes el mango—reí mientras notaba su miembro venirse arriba de una manera increíble.

Ven aquí, anda, que a este paso me desconcentras—su lengua hasta mi campanilla, ¡no me quedaba más remedio que callarme!

Como una roca, lo tienes—sus manos en mi culo. Siempre tuvo fijación con esa parte de mi cuerpo que tantas veces veía que miraba cuando estábamos trabajando.

Y a juzgar por lo que noto, tú también tienes algo así para mí—reí.

Metió su mano en mis bragas y noté la humedad brotando de mi cavidad más íntima. ¡Qué juego de dedos! Uno, dos, perdí la cuenta... ¡Y cómo los movía en mi interior! Cielos, de seguir así, no iba a tardar. Parecía que se me iba la vida en ello...

Ken, no pares, no...

¿Parar? ¿Qué es eso? — Disfruta, bonita—su mirada nuevamente metida en la mía, mi

cara roja por lo sofocado del momento, mi interior vibrando, mi piel deseando fundirse con la suya...

Quiero sentirte.

Todo a su debido tiempo, ¿acaso no los sientes? Solo tienes que dejarte llevar, no tenemos ninguna prisa. Este es nuestro momento, solo quiero hacerte vibrar —se refirió a sus dedos.

Sí, pero tú ya me entiendes...

Te entiendo perfectamente, relájate y disfruta, mi pequeña impaciente—me regaló otro de sus intensos besos.

Su juego de dedos en mi cavidad encontró el perfecto complemento en los suaves toquitos que dio con su otra mano en mi clítoris.

¡Para comérselo! —lo miraba como mira un niño a un chupa chups. ¡Y nunca mejor dicho!

Ken bajó y, lo que habían comenzado sus dedos, lo terminó con su lengua. Formidable, simplemente formidable, me dejé llevar y aquel intenso orgasmo hizo que me contrajera de arriba abajo.

Eres la chica más sexy del mundo—murmuró mientras veía la escena, incorporándose.

Y la más agradecida también—me dispuse a bajar, para devolverle el favor, tan pronto como volví en mí, pues quedé laxa y sin fuerzas.

Hay tiempo para todo, no te preocupes, prefiero que subas.

Lo entendí perfectamente. En la misma postura, con él sentado, me elevó por las axilas para dejarme caer lentamente sobre su miembro, que entró en mí como si estuviera hecho a medida, proporcionándome un placer infinito.

Le fascinaba tenerme así, observando mi cara mientras el deseo iba haciendo de las suyas entre nosotros y nos recordaba lo que era el placer en estado puro.

Sublime, eres pura sugerencia— comenzó de nuevo a lamer mis pezones, para después mordisquearlos y ponerlos como timbres de castillos.

Saliendo y entrando, notaba un placer infinito que Ken acrecentó cuando me cogió por la cintura y comenzó a dirigir mis movimientos desde abajo, con fuerza y firmeza, ¡ahora sí que salía y entraba con fuerza!

Noté que no iba a poder contenerse mucho más y eché el freno, describiendo suaves círculos alrededor de su miembro, que provocaron unos gemidos desde lo más interior de su ser que recibí como música para mis oídos.

Sin duda una diosa—su pícara sonrisa provocó que terminara empapándolo, pues mi humedad había trascendido el ámbito de mi cavidad para comenzar a resbalar por mi entrepierna.

No pares—repetí.

No pararía por nada del mundo Patri, hace tanto que esperaba esto...

No tardé en percibir cómo su miembro palpitaba en mi interior antes de vaciarse en él. El final en su cara, sus manos apretando mi cintura, su cuerpo casi entrando en trance...

Increíble—confesó cuando se tumbó y me indicó que hiciera lo mismo, quedando cara contra cara.

No hace falta que lo jures, ha sido único...

Ha llevado el sello Patri y eso, querida, es señal de garantía—me besó con verdadero ardor.

Estaba claro que el alcohol había ayudado, y mucho, a volver a llegar a ese momento.

Capítulo 13



El sábado por la mañana nos despertamos entra abrazos. El día anterior mi ropa interior tan meticulosamente elegida había sido despojada de mi cuerpo de un plumazo.

Una ducha y a desayunar...

Ken estaba de lo más risueño y cariñoso. Comencé a hacer el desayuno y no lo permitió, vamos que me apartó para prepararlo él mientras me hablaba con esa sonrisa que no perdía en ningún momento.

— Para que cojas fuerzas — dijo con un guiño poniendo el desayuno ante mí.

— ¿Fuerzas para qué? — me hice la tonta.

— Por cierto — cambió el tema — ¿Me estoy ganando que salgas de aquí volviendo a un pasado pero mejorado?

— Bueno, si tengo que volver al de antes donde tus líos de faldas y cuernos eran la base de nuestra relación, voy lista...

— ¡Bruta! — rio.

— ¡Mujeriego! — le devolví con sorna causándole una sonrisa negadora.

— Pero me vas a perdonar para darme la oportunidad de demostrarte lo importante que eres para mí y lo que deseo estar a tu lado.

— O para que seas tan necio de tropezar dos veces en la misma piedra...

— ¡No! — negaba riendo.

— Dices que no, pero sabes que sí...

— Te prometo por mi vida que jamás volvería a hacerte daño y menos caer en otros brazos que no sean los tuyos, créeme cuando te lo digo.

Y su mirada parecía indicar que decía la verdad. A esas alturas lo único que yo deseaba era todo de nuevo con él y ¿para qué iba a mentirme?

Lo tenía decidido y él lo sabía. Me conocía demasiado, me había ganado en esos días en los que se dedicó a tener detalles de lo más intensos conmigo...

Fue un fin de semana precioso, lleno de momentos de lo más bonitos y también de lo más excitantes, en cada uno me elevaba al máximo.

Y allí estaba frente a aquel ventanal, las ganas a flor de piel, la carne de gallina, el rojo tiñendo mi cara y no de rubor, sino por el sofocante calor que se notaba cada vez que nuestras pieles se unían.

Ken mirándome y yo... Yo me moría de ver aquella preciosa sonrisa en acción ¿Cómo podía ponerme tanto?

Desnúdate lentamente—casi exigió y aquel tono en ese contexto es que podía conmigo, notaba cómo la temperatura iba subiendo en mi interior hasta que parecía que iba a estallar.

¿Así? Yo sabía muy bien cómo tenía que moverme y hablarle para llevarlo al sumun de la excitación.

Sencillamente increíble—me hizo quitar cada una de mis prendas sin prisas mientras él seguía sentado en aquella silla, dándome indicaciones con gestos.

¿Cómo lo definiría? Morbo y en estado puro.

Me acerqué y él se quitó la camiseta, mis senos contra su torso, mis labios fundiéndose con los suyos... Yo sentía que hervía y notaba cómo su entrepierna se abultaba y endurecía hasta límites insospechados.

Esto se ha de aprovechar—le dije mientras abría la cremallera de esos tejanos que todavía llevaba puestos y echaba mano a su grueso miembro.

No lo dudo—enarcó las cejas.

¿Estás seguro de que no ibas para bombero? —me mordí el labio.

¿Qué dices, locuela?

Hombre, es por lo de la manguera esta que me traes.

Tú eres muy cachonda, ¿no?

Más que serlo, lo estoy. Pero eso es culpa tuya.

Vaya, parece que soy el culpable de todos tus males. Tendré que compensarte.

Mientras seguía sentado en aquella silla sacó su lengua a pasear y buscó con ella mi clítoris, ese que ansiaba recibir sus caricias.

Hinchado, rosado, brillante, perfecto...—lo miraba con ojos de deseo.

Ummm—un gemido salió de mi garganta cuando expulsé el aire.

El sexo con Ken era una constante aventura, pues siempre parecía explorar caminos nuevos, pero en lo tocante a su lengua... Eso eran palabras mayores...

Intuyo que voy por buen camino.

Sigue y calla—le solté, se me iba la pinza. Es lo que tiene la confianza y es que, con él, pese a nuestro paréntesis, ya eran muchos años.

El orgasmo llegó en nada y revestido de total intensidad. Ni siquiera en ese momento se separó de mi parte prohibida. Lo recibió como una auténtica delicia y así me lo dijo.

Sabe a ti—me espetó.

¿Y eso en qué se traduce?

En que es realmente exquisito...

Nos besamos y levantó mi mentón con sus dedos. Le fascinaba el cara a cara. Era un rival sexual de altura y jugaba a medirme. En cuanto a mí, disfrutaba unas veces de dejarme llevar por sus experimentadas manos y otras de ponerme a su altura.

Siéntate aquí—de nuevo las llamas en sus ojos quemaban mi piel.

—¿Justo aquí? Fui descendiendo lentamente sobre su miembro mientras mi boca no dejaba de jugar con esos pectorales que parecían haber sido inflados aposta.

¿Te gusta?

¿Bromeas? Creo que ha llegado hasta el fondo, me vuelve majara—mis ojos entrecerrados por el placer.

Yo me muevo—se echó hacia atrás en el respaldo y buscó un ángulo en el que, con un ligero movimiento de cadera, me movía a su antojo.

Míralo qué chulillo él...—le susurré en el oído.

Tú sí que eres chula—me dio una palmadita en el culo y la libido se apoderó de su gesto.

¡Dios, creo que me va a volver a pasar! —ya estaba ayudando con aquellos toquecitos en mi clítoris ¡Definitivamente, Ken no podía dejar las manos quietas!

Arriba y abajo, agarrada fuertemente a su cuello y notando hasta la última de las venas de su miembro, el placer se iba haciendo conmigo y un bocado fue la señal irrefutable de que de nuevo había alcanzado el clímax.

Te toca—le sonreí.

¿Tienes prisa? —me devolvió la sonrisa.

La que tenga mi jefe—susurré.

Entonces, ninguna...

Besos y más besos, regados de unas caricias que colmaban de atención cada recodo de mi piel y yo notaba que su excitación iba a más. Apreté fuertemente su miembro en el interior de mi vagina y la sonrisa apareció en mis labios. Le estaba pasando mientras murmuraba mi nombre, una y otra vez, en mi oído.

El sexo con Ken volvía a convertirse en mi hobby favorito y, a juzgar por su reacción, también en el suyo. ¿La prueba? Muy sencilla: todavía no habíamos terminado un duelo sexual y ya estábamos pensando en el siguiente.

Rendidos, llegó el relax y con él aquellas miradas cómplices que tanto me gustaban. Obvio que lo nuestro era mucho más que sexo.

Epílogo



2 años después...

Aquella noche se respiraba un ambiente ideal. Cenita a cuatro, como tantas de las que habíamos disfrutado ambas parejas en los últimos dos años.

¡Por las chicas más especiales del mundo! —brindaron Ken y Miguel y todos chocamos nuestras copas.

Al día siguiente se celebraba aquella boda a dos bandas, como siempre habíamos estado. Y es que pensamos que unas historias de amor que habían sido paralelas, bien merecían ser selladas juntas. Nos casábamos en un precioso palacete que habíamos alquilado para la ocasión y decidimos quedarnos a dormir allí la noche antes.

Una copita sí que nos tomamos antes de acostarnos—propuse cuando nos sentamos tras la cena en aquellos mullidos sofás.

Hombre y dos también nos podemos tomar—me siguió la corriente Carmen.

Mejor una que te conozco y luego detrás de una viene otra y luego otra... Vamos, que tienes más peligro que un mono con dos pistolas.

Exagerada, que tampoco es para tanto.

Creo que tiene razón Patricia, no debemos tardar mucho en acostarnos—añadió Ken.

A robar vas a venir tú a la cárcel, campeón—le soltó Miguel—Ni que estuvieras pensando en acostarte para dormir.

Yo no he dicho eso—salió aquella sonrisita maléfica que tanto me ponía.

Y eso lo sabían hasta los hebreos, que no había manera de que Ken y yo nos metiéramos en la cama sin dar rienda suelta a nuestros impulsos. Era una pasada, cada vez nos gustaba más hacerlo.

Si hace tres años alguien me hubiera dicho que mirara por un agujerito y viera esta escena no me lo hubiera creído ni en broma—reflexioné en alto.

¡Ni a mí! ¡Mira esta! —exclamó Carmen.

¡Si es que hicisteis oposiciones para que os diéramos la patada! —reí a mandíbula batiente.

Bueno, bueno, pero ya pagamos por ello—salió Ken al quite. Ahora ya estamos totalmente reformados.

Más os vale porque si no mi amiga y yo cortamos cabezas, de arriba y de abajo, no sé si me explico—reí.

Perfectamente, se ha entendido perfectamente—tragó saliva Ken.

Pero no, obvio que si estábamos así de felices por casarnos con ellos era porque nos habían demostrado con creces que habían cambiado... Por fin encontré en Ken eso que siempre me decía mi abuela Consuelo, el hombre que me hiciera tan feliz que no hubiera obstáculo en el mundo capaz de interponerse entre ambos. Y lo mismo le había sucedido a mi amiga con Miguel.

¿Quieres que vaya haciendo prácticas y te suba al dormitorio en brazos? —me preguntó mi chico.

No estaría mal, venga, ve currándotelo fututo marido—me dejé llevar.

Solo si lo repites—su cara de felicidad no tenía límites—Me gusta escucharlo—puso el

oído.

Miguel, yo no voy a ser menos. ¡Venga! —le señaló Carmen para que la cogiera.

¡Y ahora nos bajáis otra vez! —coreamos las dos cuando ya habían subido las escaleras con nosotras en brazos y estábamos en la puerta de los dormitorios.

¿Qué? —se miraron al unísono un tanto incrédulos.

Lo que habéis oído, que tenemos el capricho—estábamos en plan dictadoras.

Esto nos lo vamos a cobrar luego, ¿lo sabéis? —preguntó Ken.

Es que nos pone mucho veros en vuestros roles varoniles con nosotras en brazos camino del lecho conyugal—me puse de lo más teatrera.

Conyugal, eso te voy a dar yo a ti cuando estemos arriba, bonita—me soltó Ken.

Será después de que os deis una ducha porque os vamos a hacer sudar.

Sois malas...

Dijisteis que haríais cualquier cosa por reconquistarnos y esta noche estamos caprichosas...—chillábamos felices por aquellas lujosas escaleras.

Una, dos, tres, cuatro y hasta cinco, que tiene rima, veces les hicimos repetir la maniobra, de modo que al entrar en nuestro dormitorio Ken y yo nos metimos en la ducha.

Sabes que no te libra nadie—me empezó a besar.

Es que, si me llega a librar, no me caso...

Y menos mal que subimos pronto porque, como era predecible, Ken y yo montamos allí la monumental.

Miré el despertador y empecé a chillar como una loca.

Ken, Ken, ¡Nos hemos quedado dormidos!

Cariño, ¿qué dices?

Lo que oyes, Dios mío, la peluquera, la maquilladora, la... Me voy corriendo abajo a abrir, tienen que estar ya en la puerta.

¡Carmen! ¡Que no nos casamos a este paso! ¡Despierta!

¡Déjame que tengo sueño!

¿Sueño? La hemos liado mortal, que lo sepas. ¡Nos hemos quedado fritas!

¿En serio? Voy contigo.

Camino de la impresionante puerta de entrada de aquel palacete, con mi amiga detrás chillando despavorida, algo no me cuadraba.

¡Yo no veo luz! No ha amanecido. Me da a mí que me he equivocado.

Para cortarte el pescuezo—negaba ella con la cabeza—Me has puesto los vellos como esarpías.

Miramos y allí estaban los chicos, apoyados en el barandal de la escalera, muertos de la risa. Alucinante el tema.

¿Qué hora te parece haber visto? —me preguntó Ken.

Las diez—contesté, sabiendo que el cachondeo estaba servido.

Son la una, pero si queréis vamos ya haciendo prácticas de cómo dar el “sí, quiero”.

Tú estás muy gracioso. Ya podéis bajar a subirnos de nuevo en brazos.

¿Otra vez?

Pues claro.

La escena era todavía más divertida, porque nosotras habíamos acertado a pillar unas mini batas de seda de lo más monas que llevábamos, pero ellos habían salido en bóxers.

¿Contentas o tenemos que repetir más veces? —nos besaron al llegar arriba.

Suficiente por hoy.

Yo creí que lo cansado de casarse venía después, pero por lo visto también es antes—me guiñó el ojo Ken, al que le gustaba mucho buscarme.

Todavía no me caso, por listo.

Me haces eso y me muero. Estoy loco porque seas mi mujer.

Eso ya está mejor, sigue así y a lo mejor te llevas ahora otro premio—lo besé.

Y definitivamente se lo llevó porque lo de entrar en la cama para dormir directamente no estaba hecho para nosotros.

El gran día no pudo amanecer más bonito y desde temprano empezaron los preparativos en la casa. Las chicas nos habíamos reservado un amplio salón en el que arreglarnos.

¿No es un sueño? —miraba hacia el techo y veía nuestros vestidos, cada uno de los cuales pendía de sendas maravillosas lámparas.

De película, necesito saber que esto es verdad—me contestó Carmen.

Yo te doy un pellizco que te hago saltar dos metros, atontada ¡Claro que es cierto! ¿O es que acaso no nos lo merecemos?

Estábamos sentadas en la alfombra, simplemente mirándolos. Ya nos habíamos despedido de los chicos, que permanecerían en otra ala de la casa y a los que no veríamos hasta que no estuviéramos frente al altar.

Las dos nos habíamos decantado por sendos vestidos de novia de corte sirena. El mío caía en cascada hacia una cola larga que estaba adornada con pedrería y aplicaciones de encaje de guipur. Su escote corazón no podía ser más femenino.

El de Carmen era similar, pues no deseábamos desentonar, pero en su caso con unos delicados tirantes adornados en los hombros con caídas de tul, talle ajustado y un favorecedor escote *deep plunge*.

Nos salimos con la nuestra, ¿verdad? —me preguntó ella.

Yo no sé si nos salimos nosotras o se salieron ellos. Lo único que sé es que no puedo ser más feliz.

Y yo. Está claro que estábamos hechos los unos para los otros, solo que el universo es caprichoso y jugó a despistarnos un poco por el camino.

¿Un poco? ¡Madre mía! —reí.

La peluquera dice que ya está en la puerta con la maquilladora—miró su móvil.

Vamos a abrir entonces.

Mi amiga y yo salimos de la mano. La próxima vez que atravesáramos ese jardín ya sería directamente para convertirnos en marido y mujer.

...Y llegó el momento. Las dos avanzábamos hacia el precioso altar de la capilla del palacete. Una auténtica maravilla. Nos sonreímos y caminábamos con paso firme, ella del brazo de su padre, yo del mío.

Íbamos en dirección a cumplir un sueño. En el fondo estaban Marc y Miguel. Lo hicimos juntas y, al llegar al altar, cada una nos separamos para acercarnos a nuestros chicos, que nos esperaban al lado de sus madres, quienes actuaban como madrinas.

Desde donde yo estaba veía perfectamente a mi emocionada madre, que no podía contener las lágrimas, sentada al lado de un exultante Blas que no hacía más que indicarme con gestos que estaba guapísima. Era la primera vez que él iba de traje y yo es que me lo comía.

Llegué a la altura de Ken y me impresionó la fuerza con la que tomó mi mano, el gesto contenido por la emoción, sus lágrimas a punto de brotar.

Estás aquí, eres real, imposible estar más guapa.

A la altura del novio, estás, estás...No tengo palabras.

Carmen también intercambiaba palabras con Miguel y el sacerdote derrochaba paciencia, porque, a pesar de ser muchos nuestros invitados, la sensación era la de que estábamos los cuatro solos.

Es un placer para mí casar a dos buenos amigos con dos buenas amigas—fue lo primero que nos dijo—Porque supongo que eso es lo que sois, ¿verdad?

Bueno, en nuestro caso más que eso, diría yo que somos hermanas—me salió del alma y Carmen me envió un beso.

Lo más bonito de la ceremonia fue que el sacerdote nos invitó a participar varias veces a lo largo de ella, incluso nos pidió que compartiéramos la principal virtud de nuestras parejas con todos.

La constancia, padre, la de Ken es la constancia porque si yo le contara... El nuestro hasta el altar no fue un camino precisamente fácil—la iglesia al completo se echó a reír.

No sé si quiero saberlo, hija, que miedo me dais a mí los jóvenes de ahora.

Pues si no quiere usted escucharlo de aquel—señaló Carmen a Ken— Este ha estado cortado por la misma tijera, así que lo que mejor que puede hacer es seguir—le dio la risa.

Bueno, bueno...

El “sí, quiero” de Ken se clavó en mi corazón, como el de Miguel en el de mi amiga y las dos nos hicimos la señal de la victoria antes de besar con pasión a los que ya eran nuestros maridos.

En cuanto al mío, ese sacó la risa al más pintado, pues cuando el sacerdote me preguntó si quería a Ken por esposo, me giré, miré a mi suegra “la simpática”, le hice una reverencia y pronuncié el “sí, quiero”.

Como ya habréis imaginado, las cosas entre ella y yo no habían mejorado, pero yo lo tomaba con toda la ironía del mundo. Por suerte, no me casaba con ella sino con su hijo, así que yo nadaba y guardaba la ropa.

Hermana, eres la novia más guapa del mundo—Blas se echó a llorar, agarrado a mí y nos hicieron la foto más tierna de toda la boda.

Nieta, esto es justo lo que yo deseaba para ti. Te auguro mucha, mucha felicidad—me estrechó también en sus brazos la abuela Consuelo.

A continuación, se quedó mirando a Ken y se hizo el silencio.

Ken, ya te considero también mi nieto. Un día le dije a Patricia que la última palabra sobre lo vuestro no estaba escrita y no me equivoqué. Hazla muy feliz. Si la vida te ha dado una segunda oportunidad junto a ella, ya sabes lo que tienes que hacer.

Pienso aprovecharla, abuela Consuelo, pienso aprovecharla. Te prometo que la voy a cuidar cada día más que el anterior.

Hija mía—mi madre, mi cómplice, mi amiga, no cabía en sí de gozo—Este es uno de los días más felices de mi vida. Te deseo que seas tan feliz...

Como tú lo has sido con papá, mamá lo sé—miré a Ken, que me cogía fuerte, fuerte por la cintura.

Esta muñequita no se va a arrepentir de haberme escogido como marido, eso te lo aseguro, suegra.

Ken se llevaba de maravilla con mis padres y no digamos ya con Blas, al que adoraba, y al que nos llevábamos muchos fines de semana con nosotros.

Para el carro—le guiñé el ojo—Aquí si hay un muñeco eres tú, que para eso te llamas Ken.

¿Algo que objetar al nombre de mi hijo? —cielos, tenía a mi suegra “la simpática” al lado y no me había dado cuenta.

Nada, nada, que es un nombre de lo más común. El que se le hubiera ocurrido a cualquiera, vaya.

Ya sabes que yo no soy cualquiera, hija—el “hija” sonó con un retintín impresionante, pero a mí me importó justamente un bledo, lo mismita que ella.

Lo sé perfectamente, suegrita—tiré a matar porque a ella el papel de suegra como que le venía muy grande y no le gustaba, debía pensar que tenía veinte años.

Mis tres chicos vinieron corriendo y casi que me saltaron encima. Susan, Javier y Borja estaban guapísimos. Y sí, Borja venía con su pareja, la dentista, que al final sí que resultó ser amor del

bueno.

¡Qué glamur, amiga! —me besaba Susan nerviosa. Al final se llevó el gato al agua tu jefe —me sacó la lengua.

Pero no le salió gratis, ¿eh? Que se lo tuvo que currar una barbaridad.

Sí, sí, no sabéis cuánto, venía por detrás Ken. Por lo que más queráis no me lo recordéis.

No hombre, si se nota a la legua que la adoras—le dio un abrazo Javier.

Que seáis muy felices, te llevas a una mujer excepcional—le abrazó también Borja.

¿Y tú? —le pregunté por los bajinis a Javier.

Yo, ¿qué? —le hice señales mirando a Susan.

¿Vas a llevarte toda la vida pensando que ella es mucho barco para tan poco marinero o tonterías similares?

No, no, yo un día de estos le echo valor y al toro...

¿Al toro? Susan, ven...

Dime, Patri...

Mi ramo es tuyo, aquí te lo dejo, no lo voy a lanzar y alguien te va a explicar ahora mismo por qué.

¿Cómo? —lo cogió.

Javier, tu turno.

Bueno, Susan, yo solo quería decirte que llevo años...

Loquito por mis huesos, ya lo sé, atontado y yo también por los tuyos. Se adelantó y lo besó ella, allí en toda la puerta de la capilla. Los amigos rompimos a aplaudir.

Carmen, ¡este es nuestro día! Miré a mi amiga, miramos a nuestro alrededor y saltamos las dos a la vez chillando de alegría.

He pillado el salto en esta foto—vino corriendo Blas con la cámara y la imagen nos entusiasmó.

¡Qué guapa vienes, Martina! —Blas la llevaba de un lado a otro como a una joya.

¡Y tú también, Patricia! —exclamó la chiquitina.

¿Quieres que nos hagamos una foto juntas?

Sí— su carita de felicidad lo decía todo...

Los jardines del palacete estaban impresionantes. Abracé a Ken y pensé que aquel momento era imposible de mejorar. Por un instante, volvimos a sentir que estábamos solos, él y yo, entre aquella muchedumbre...

Y mañana de luna de miel—vino a darnos un beso una emocionada Alejandra.

Eso parece, nos vamos a Nueva York y de allí a Cuba.

¿Y no me podéis llevar en la maleta? —rio.

En principio no lo veo muy factible, pero seguro que aquí habría muchos que se darían un chocado por llevarte donde te dé la gana.

Mi amiga Lorena se acercó, con su novio. Y sí, con su novio y no con su marido porque ella finalmente, nunca llegó a casarse a pesar de anunciarlo. Y es que resulta que la dejaron plantada casi con un pie en el altar, pues dos días antes de la boda su novio le dijo que ella no le gustaba a su madre y que eso era una señal. Ante semejante idiotez, ella le respondió que era una señal de que él no estaba bueno de los cataplínes y lo dejaron. Al siguiente mes, conoció a un chico del que se hizo inseparable y santas pascuas.

Es mucho más de lo que nunca imaginé—Ken me besaba y miraba cómo empezaban a servir los canapés.

Es el día más bonito de mi vida, amor—tiré de su corbata hacia mí.

Nos fundimos en un precioso beso y Carmen y Miguel hicieron lo mismo. Todavía hoy, cuando miramos las fotos de nuestra boda, sonreíamos pensando que todo salió a pedir de boca...

El entorno estuvo preparado de auténtico ensueño, digno del más lujoso de los eventos y los invitados comieron, bebieron y bailaron hasta la saciedad. Incluso la abuela Consuelo, que aquel día conoció a Enrique, un invitado por parte de mis suegros, diez años menor que ella que se convirtió en mi abuelo postizo.

En el baile involucramos a todos los asistentes y, lo que empezó con una romántica coreografía de salsa entre las dos parejas, terminó con un guirigay impresionante en el que no faltó nadie por participar.

Cierro los ojos y veo el baile de Blas con Martina, de Susan con Javier, de Borja con Claudia, su chica, de Lorena con su novio, de mis padres, de mis suegros, de la abuela Consuelo con Enrique y de una pretendida Alejandra que pasó por los brazos de todos los solteros de la boda.

Aún me parece estar viendo cómo nos sincronizamos con Carmen y Miguel para cortar las tartas... Pero, por encima de todo, recuerdo cómo me miraba Ken. Los ojos de mi chico brillaban con luz propia en el día que nos convertimos en marido y mujer, sellando definitivamente un amor que había empezado a forjarse muchos, muchos años atrás...

